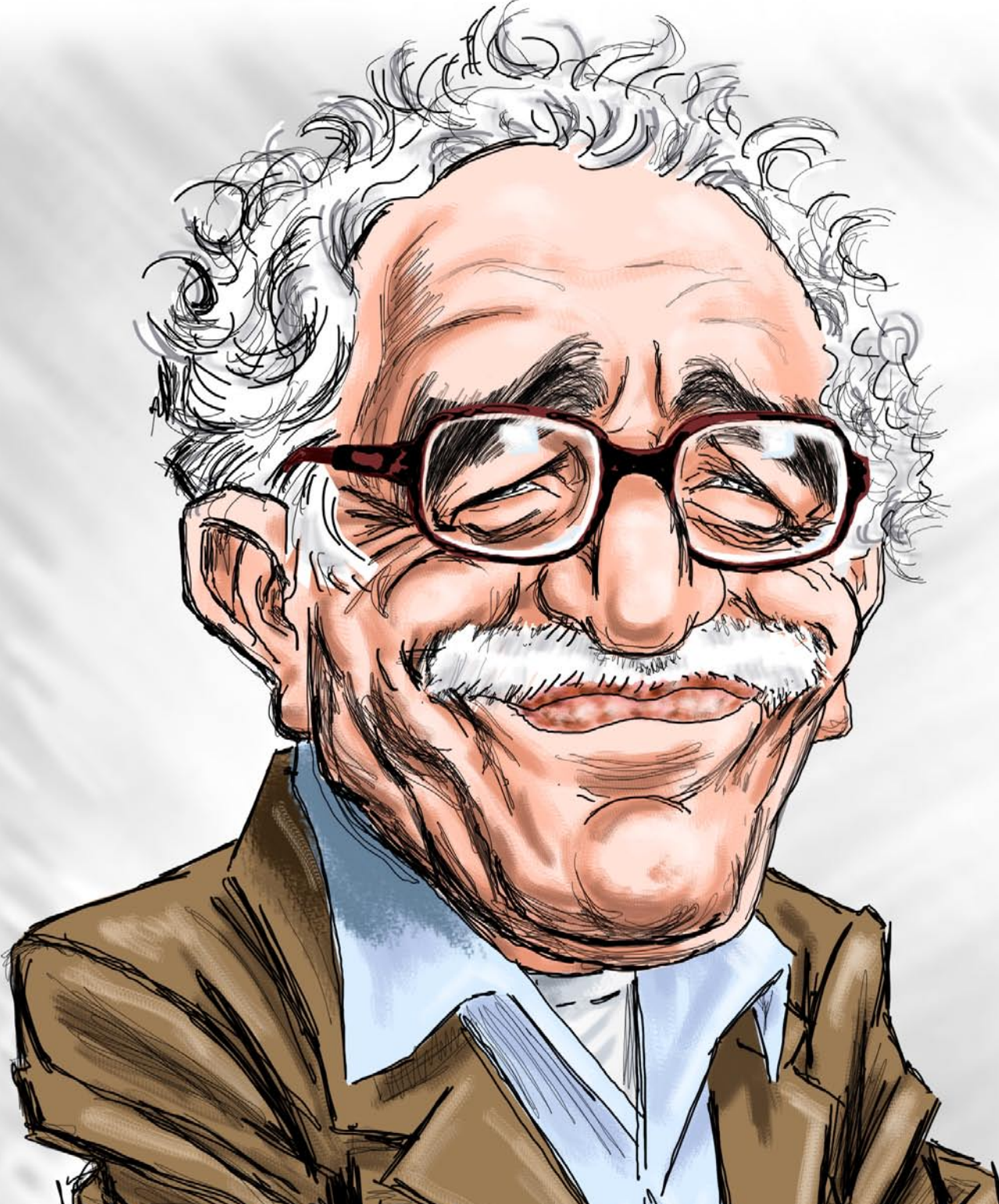


Gabo visto por un ángel

Gabriel García Márquez

en voz de los columnistas de Grupo Reforma (1982-2014)



Carlos Fuentes • Miguel Ángel Granados Chapa • Enrique Krauze
Catón • Juan Villoro • Jorge Volpi

PRÓLOGO

Roberto Zamarripa. 3

EDITORIAL EL NORTE

22 de octubre de 1982. 7

CARLOS FUENTES

El colombiano Gabriel García Márquez 8
13 de diciembre de 1999

MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA

García Márquez. 11
9 de octubre de 2002

MARCO ANTONIO FLOTA

Gabo en boga 12
12 de mayo de 2004

ENRIQUE KRAUZE

Gabo en su laberinto. 14
4 de mayo de 2003

DANIEL DE LA FUENTE

Todos somos un Buendía 17
12 de mayo de 2007

CATÓN

Fanatismos 19
8 de octubre de 2009

CARLOS FUENTES

Gabo: Memorias de la memoria 20
9 de enero de 2012
Gabo: amigos de los amigos 22
10 de enero de 2012

JORGE VOLPI

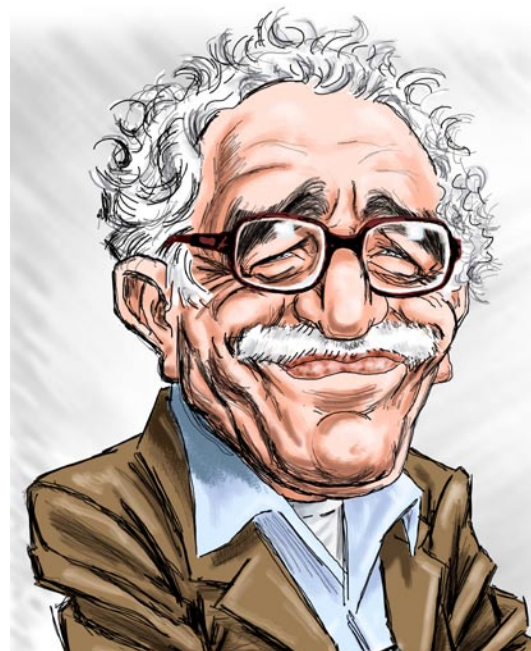
El vencedor del tiempo 31
18 de abril de 2014

JUAN VILLORO

El inventor del hielo 32
18 de abril de 2014

JUAN PARDINAS

El niño y el Nobel. 33
20 de abril del 2014



Cartón: Camacho
Abril 2014

JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ

La enfermedad del poder. 34
21 de abril del 2014

SERGIO SARMIENTO

Horas de soledad. 35
21 de abril del 2014

ROBERTO ZAMARRIPA

Paisano 36
21 de abril del 2014

GUADALUPE LOAEZA

Gabo y Gaba 37
22 de abril del 2014

El retrato

Luis Aponte, acordeonista que le acompañó en las últimas parrandas vallenatas convocadas por el Nobel de Literatura, recuerda con algo de pena pero también con una gran sonrisa, que Gabo cantaba a todo pulmón la canción dedicada al caricaturista de Valledupar, Colombia, Jaime Molina. “Yo no me la sabía. Así que a Gabo le daba el tono con el acordeón y él cantaba: ‘Recuerdo que Jaime Molina /cuando estaba borracho ponía esta condición / Que, si yo moría primero me hacía un retrato /o, si el se moría primero le sacaba un son / Ahora prefiero esta condición / que él me hiciera el retrato y no sacarlo el son’”

Molina fue amigo incondicional de Rafael Escalona, acaso el más grande compositor vallenato que ha dado Colombia. Cuando Molina murió en 1978, Escalona le escribió la Elegía ahora conocida simplemente como “Jaime Molina”. Murió primero Molina y Escalona, dolorosamente le regaló un son.

Igualmente fue un gran amigo de García Márquez con quien conversaba sobre las canciones vallenatas y entre ambos, quizás, habrían podido hacer un juramento común. Ambos podrían haberse regalado una historia. Escalona murió primero. Gabo le prodigó amistad. Ésa era la mejor historia a compartir.

Tras recibir el Nobel en 1982, Gabriel García Márquez siguió haciendo historias pero también multiplicó amistades. Treinta y dos años de su vida fue el literato más reconocido, de los más

queridos, admirado. Tardó más en hacer la novela cimera, “Cien años de Soledad” que en ganar el Nobel tras verla publicada. Y un tercio de su vida lo vivió en la gloria del Nobel cosechando amigos.

Según él decía, fue apenas saliendo de la adolescencia cuando decidió escribir una gran novela que titularía La Casa. Tenía 17 años de edad. Entrado en los 40 su novela llegó a los estantes para vender mil ejemplares por día en la primera semana. Quince años después recibió el Nobel.

Su vida después del Nobel es la rica travesía por la cosecha, el festejo, el baile, el consejo, la redención, el sueño.

Treinta y dos años de un Nobel activo y querido. Una etapa también de barruntos. Su natal Colombia vivió buena parte de esa época bajo la violencia. Apenas se iba esa noche y la violencia apabulló a México, su casa, su refugio.

Quiso ser estandarte de paz en Latinoamérica. Su fórmula pacificadora la basaba en la amistad. Y era igual amigo del acordeonista que del Jefe de Estado, del artesano que del General.

Tres décadas del Nobel trazadas desde la opinión, desde la crítica, desde la admiración, desde el corazón puro del periodismo, calificado por Gabo como el mejor oficio del mundo.

Trazos de una época. La mirada a una dulce y sonora celebración compartida. A un pedazo de vida admirable. Gabo hizo las historias y las bailó como son. Las miradas críticas le han hecho un retrato. El retrato de un Nóbel.



El escritor colombiano Gabriel García Márquez contesta una de las tantas llamadas hechas ayer a su casa para obtener su opinión sobre su designación como Premio Nóbel de Literatura.

'Ahora que soy Nóbel, influiré más en favor de la paz'.- GGM

ESTOCOLMO, Oct. 21 (AP/UP). — "Ahora que soy Premio Nóbel, podré influir más en favor de la paz en Centroamérica, donde la situación es sumamente grave", dijo en sus primeras declaraciones a la prensa el escritor colombiano Gabriel García Márquez.

García Márquez fue galardonado hoy con el Premio Nóbel de Literatura de 1982, por la Academia de Letras de Suecia.

La Academia, integrada por 18 miembros, dijo que confirió tal reconocimiento a García Márquez "por sus novelas y cuentos donde lo fantástico y lo real se funden en la compleja riqueza de un universo poético que refleja la vida y conflictos de un continente".

La academia sueca aludió también a "su compromiso político del lado de los pobres y los débiles contra la opresión nacional y la explotación extranjera" en Améri-

ca Latina.

"Durante mucho tiempo, la literatura latinoamericana ha mostrado un vigor como en pocas esferas literarias y se ha granjeado la aclamación de la vida cultural hoy...", dijo la academia al hacer el anuncio del premio.

Otro latinoamericano, el diplomático mexicano Alfonso García Robles, ganó el premio Nóbel de la Paz este año junto con la sueca Alva Myrdal.

La Academia dijo que "con el premio de este año (en literatura) no puede decirse que le haya conferido a un escritor desconocido".

El ganador el año pasado, el relativamente desconocido escritor Elias Carreño, fue precedido de otros poetas y escritores conocidos más bien en círculos literarios en sus respectivos países.

García Márquez es en ese sentido un escritor relativamente joven

ampliamente conocido y leído, comparado con los más recientes ganadores del Nóbel de Literatura.

En sus primeras declaraciones como Premio Nóbel de Literatura, García Márquez señaló que la distinción es "un ejemplo de que América Latina tiene hoy más presencia en el mundo".

"En mi caso y en el de Alfonso García Robles, yo considero que el Premio Nóbel no se está dando a unas personas sino a nuestro continente".

No es una coincidencia, dijo, que los premios de Literatura y de la Paz se hayan dado a latinoamericanos.

Atribuyó asimismo una importancia política al galardón, sin restarle significación al valor personal.

García Márquez, de 54 años, es el cuarto latinoamericano que gana el premio Nóbel de Literatura.



El escritor colombiano, exiliado voluntariamente en México, Gabriel García Márquez es felicitado telefónicamente por un editorialista italiano, tras ser anunciado como ganador del Premio Nobel de Literatura 1982.

Una invasión contra Nicaragua desataría la guerra: García M.

MEXICO, D.F., Oct. 21.— El escritor colombiano Gabriel García Márquez, Premio Nobel de Literatura 1982, advirtió hoy que la agresión que se prepara contra Nicaragua "puede desatar una guerra de proporciones y consecuencias imprevisibles".

García Márquez, de 50 años, residente en México, dijo que se consideraba una excepción como Premio Nobel: "soy un escritor conocido, cuyos libros se venden", y que aún no cumple los 60 años.

Nunca esperó el Premio Nobel, y poco antes de que le notificaran que lo había ganado, declaró a una agencia mexicana de noticias, que esperaba que se lo dieran a Juan Rulfo.

Pero hoy a las seis de la mañana recibió un telefonema de Estocolmo:

"Tienes que venir el 11 de diciembre y con frac".

El autor de "Cien Años de Soledad", atendió el mensaje y reflexionó: "el único problema es que no tengo frac".

Luego declaró: "ojalá Ronald Reagan (el Presidente de los Estados Unidos) no me mande ninguna felicitación".

El Premio Nobel de Literatura 1982, manifestó su preocupación por la situación centroamericana y en especial por Nicaragua.

Afirmó que el plan de invasión a Nicaragua está bastante mal adelantado de lo que parece y de lo que dicen los periódicos.

"Es evidente que Honduras se ha prestado a servir de base a una inmensa operación militar contra Nicaragua y, repito, la fecha de diciembre no es casual; el México de hoy tendría una actitud indudablemente definida contra este proyecto".

Culpó a Estados Unidos de la tensión por la que pasa Centroamérica y calificó al plan de invasión como diabólico, pues también

pondría a prueba la solidaridad de Cuba con Nicaragua.

"Cualquiera de las dos opciones es peligrosa para Cuba: o se solidariza con Nicaragua ante un enemigo muy superior o se mantiene al margen, cualquiera traería graves consecuencias".

"Yo me preocupo por estar bien informado de lo que sucede en Latinoamérica y particularmente en Centroamérica y el Caribe, y hace mucho tiempo, pero mucho, que no veía una situación de tanta peligrosidad", añadió.

Lamentó una vez más la muerte de su "querido amigo" el General Omar Torrijos: "la capacidad de liderazgo y negociación de Torrijos no ha sido reemplazada ni lo será por mucho tiempo".

"Yo que soy tan optimista cada vez que hablo de Latinoamérica, en este problema de Centroamérica, hoy tengo que decir que soy terriblemente pesimista, todos vamos a tener que ponernos las pilas para ver qué vamos a hacer en el momento en que emplee esta agresión", agregó.

Al preguntársele cuál sería su reacción si en el momento en que se hacía parte de esta entrevista, antes de recibir el premio, le avisaran que era el Premio Nobel de Literatura, García Márquez, con una sonrisa traviesa, contestó:

"Qué hora es —son las cinco de la tarde— en Suecia las once de la noche... Ya no me lo dieron... A un Premio Nobel de Literatura le avisan con 24 horas de anticipación —sonríe— y me imagino que para que tenga donde correr, tiempo para esconderse".

Voltea a mirar a Mercedes, su mujer, y continúa: "No... ya lo sabría, ellos lo anuncian mañana jueves a las 11 de la mañana hora de Suecia, pero espero que a Juan Rulfo si se lo

hayán dicho, pues él se lo merece desde hace mucho tiempo".

Explicó que le llamó desde Roma una reportera de un periódico importante para pedirle una entrevista y despertarlo como Premio Nobel, y el escritor le propuso una entrevista en ese momento sobre por qué no le daban el Nobel: "Si no me lo dan, ya tiene usted la nota; si me lo dan, usted publica la entrevista y podrá decir: 'Mire, este señor decía 24 horas antes que no se lo daban... y resultará una nota interesante'".

Crea que el Premio Nobel sería para un desconocido total, pues al principio el Nobel se lo daban a un autor consagrado; después, durante una larga época, hicieron consideraciones geográficas y ahora "buscan con lupa a autores con una obra que por distintas razones no ha tenido reconocimiento".

"Quieren revelarlos, sacarlos y... a mí no me van a revelar, yo ya estoy hasta velado; podrían inclusive acusarme de comercial por la enorme cantidad de ediciones, pero —con brillo en los ojos— un día de estos cae...".

Mencionó que el Canciller de Colombia, Rodrigo Lloreda Calcedo, quien llegó hoy a México, espera que los mexicanos le informen a fondo cuál es el verdadero peligro de la situación centroamericana, porque, dijo, estoy seguro de que el nuevo gobierno de Colombia estaría dispuesto a participar en una negociación que conduzca a un arreglo, pues de lo contrario sería catastrófico.

"El nuevo Presidente de Colombia, Belisario Betancur, que es un conservador, nos está sorprendiendo a todos porque está haciendo la política más liberal que se ha hecho en Colombia en muchos años, particularmente en política internacional; por todo esto tengo esperanzas del apoyo colombiano a Nicaragua...".

El Norte

México tiene un Premio Nobel propio, Alfonso García Robles; y tiene otro Premio Nobel que es huésped: el del escritor Gabriel García Márquez.

A juzgar por los hechos, empero, parece que García Robles es colombiano y García Márquez mexicano.

El primer Premio Nobel mexicano en la historia apenas recibió de nuestro Gobierno —para el cual trabaja como Embajador ante la Conferencia de Desarme en Ginebra— el reconocimiento que su distinción merece.

García Márquez, empero, el amigo de Fidel Castro y enemigo declarado de Estados Unidos, exiliado en México porque en su propio País no es bien recibido, fue galardonado por el Gobierno Mexicano con la "Orden del Águila Azteca".

García Márquez, ni duda cabe, es un gran escritor latinoamericano. Su obra es tan buena como la de Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa y Mario Benedetti, y J. Carlos Onetti, entre otros.

Es García Márquez un novelista a la altura de los buenos novelistas modernos nuestros como Octavio Paz, Juan Rulfo, y Carlos Fuentes.

No es, empero, García Márquez el primer latinoamericano en ser distinguido con el Nobel. Los chilenos Gabriela Mistral y Pablo Neruda ya habían sido honrados con él.

García Robles, sí, en cambio es el primer mexicano en recibir un Premio Nobel, lo cual parece a nuestras autoridades poco merecimiento.

Será que galardonar a García Márquez nos ufana de que somos el paraíso de los exiliados, mientras que hacerlo con el Embajador García Robles nos recuerda que dos Presidentes mexicanos fracasaron aspirando a ese premio.

Una invasión contra Nicaragua desataría la guerra: García M.

Noticia alegre a colombianos

PARA EL CARPINTERO PROFESIONAL.

Busca la mejor herramienta en la fabricación y mantenimiento de herramientas profesionales para la mayor calidad y el mayor precio.

POTENCIA: VELOCIDAD: MANEJABILIDAD: DURACION: PRECIO:

12.000 14.000 11.000 18.000

100 años de experiencia

Editorial

Una estatua como imposición

M.A. Rivas

En un momento de la vida

¿Acaso no es suficiente con la de don Fidel?

EL NORTE

1982

Gabriel García Márquez obtiene el Premio Nobel

Tres temas inquietan a Gabriel García Márquez

Ignora si seguir en la literatura, convertirse en periodista o participar en política

RESIDENCIAS EN 90 DIAS

SISTEMA CONSTRUCTIVO YPSACERO.

CONSTRUCTORA COMSA S.A.

BOGOTÁ, OCT. 8 (UP).—El renombrado escritor Gabriel García Márquez a los 55 años de edad, que acaba de ganar el Premio Nobel de Literatura, no sabe si quedarse en el maravilloso mundo de la literatura o convertirse en un empresario del periodismo o desarrollar públicamente su tímida ambición política.

Los tres temas han sido inquietados casi constantes en la extenuante y exitosa vida del escritor colombiano, autor de la famosa novela "Cien Años de Soledad", que ha sido traducida a varios idiomas, convirtiéndolo en el mayor triunfador literario latinoamericano de los últimos 50 años.

Aunque nunca ha desarrollado actividades políticas abiertamente, García Márquez, por su prestigio literario, es amigo personal del presidente cubano Fidel Castro y frecuentemente viaja a La Habana para mantener vivo ese contacto con los dirigentes comunistas de la isla caribeña.

Al finalizar la década del 70 fue elegido vicepresidente del Tribunal Russell por su abierta participación en una campaña internacional en defensa de los derechos humanos y por denunciar los casos de torturas denunciados en los países latinoamericanos.

En 1973 hizo la promesa de no volver a escribir otra novela mientras estuviera en el poder los militares en

MAYOREO DE JUGUETES

TEL. 78-60-20
78-65-92
78-01-41

TEMAS DISFRACES PARA HALLOWEEN
FABRICANTES ASOCIADOS DEL NORTE, S.A.

12A/EL NORTE/Viernes 23 de octubre de 1982

Tres temas inquietan a Gabriel García Márquez

Ignora si seguir en la literatura, convertirse en periodista o participar en política

BOGOTÁ, OCT. 8 (UP).—El renombrado escritor Gabriel García Márquez a los 55 años de edad, que acaba de ganar el Premio Nobel de Literatura, no sabe si quedarse en el maravilloso mundo de la literatura o convertirse en un empresario del periodismo o desarrollar públicamente su tímida ambición política.

Los tres temas han sido inquietados casi constantes en la extenuante y exitosa vida del escritor colombiano, autor de la famosa novela "Cien Años de Soledad", que ha sido traducida a varios idiomas, convirtiéndolo en el mayor triunfador literario latinoamericano de los últimos 50 años.

Aunque nunca ha desarrollado actividades políticas abiertamente, García Márquez, por su prestigio literario, es amigo personal del presidente cubano Fidel Castro y frecuentemente viaja a La Habana para mantener vivo ese contacto con los dirigentes comunistas de la isla caribeña.

Al finalizar la década del 70 fue elegido vicepresidente del Tribunal Russell por su abierta participación en una campaña internacional en defensa de los derechos humanos y por denunciar los casos de torturas denunciados en los países latinoamericanos.

En 1973 hizo la promesa de no volver a escribir otra novela mientras estuviera en el poder los militares en

Chile, tras derrocar al presidente socialista Salvador Allende, pero años después quebrantó su palabra porque dos obras suyas invadieron las librerías colombianas y latinoamericanas.

Su simpatía por el gobierno cubano le crearon serios problemas con Estados Unidos en 1960, cuando era corresponsal en Colombia de la Agencia Prensa Latina y la embajada norteamericana en Bogotá le negó la visa para viajar a Nueva York, aparentemente porque lo consideraba un dirigente comunista.

En 1961 también tuvo problemas en Colombia cuando su nombre fue vinculado en una investigación militar sobre el tráfico de armas desde Cuba para los guerrilleros del M-19. García Márquez salió de Bogotá con protección de la Embajada de México para evitar la presunta detención. El gobierno desmintió todas las versiones.

Estos hechos en la vida del escritor quedaron a su lado, pero son historias que "recuerdo con alguna amargura", afirmó el novelista.

García Márquez nació el 6 de mayo de 1927 en la noroccidental población colombiana de Aracataca, Departamento del Magdalena, y es el mayor de una familia de clase media integrada por otros nueve hermanos, cuatro de ellos mujeres.

Su padre era un empleado estatal de ideas conservadoras que tenía como principio el respeto a las ideas y quien tuvo que luchar en la vida para mantener a su fa-

milta tan numerosa. El hijo García era telegrafista de Aracataca.

A los ocho años de edad abandonó su pueblo con su familia, pero Aracataca continuó sirviéndole de referencia para desarrollar la historia mágica de "Cien Años de Soledad", una novela que ha dado la vuelta al mundo y que le costó 20 años de su vida trabajando de día y de noche para convertirla en realidad.

En 1946, García Márquez llegó al gelido poblado de Zipaquirá, ubicado en la sabana de Bogotá, para terminar sus estudios superiores y allí tuvo que padecer la inclemencia del clima por la baja temperatura y la tristeza de un pueblo que vivía envuelto en la bruma.

Se mundo melancólico y abrumador que soportaba García Márquez lo llevó rápidamente a refugiarse en la biblioteca del colegio, donde comenzó con pasión desmesurada una afición por la literatura de las demás que cada noche leía una novela de los autores clásicos, sólo por el deseo de conocer y ampliar su cultura.

Se agnoscía con William Faulkner, se entusiasma con novelas de Virginia Woolf y aprenda de los relatos de Ernest Hemingway, a quien leía con afecto y dedicación.

Pero la novela que más le impresionó y que lo impresionó verdaderamente al género novelesco fue "La Metamorfosis", del checoslovaco Franz Kafka, obra que

ahora tiene fresca en la memoria por el impacto que le produjo.

No obstante, la obra que más problemas le ha causado es "El Otoño del Patriarca", su próxima novela lanzada al mercado en 1971, porque tuvo que mear en la narración dos géneros literarios, la poesía y la novela, para describir una historia fantástica como es la vida de un dictador que gobernaba un pueblo imaginario del Caribe.

Después se vinculó a la Universidad Nacional como estudiante de la Facultad de Derecho y simultáneamente ingresó al periodismo como corresponsal del diario liberal El Universal de la ciudad de Cartagena, donde escribió durante meses de un año.

La solvencia periodística y el fácil desenvolvimiento que tenía para describir las noticias sirven entonces para que se vincule al diario El Herald, primero como corresponsal en Bogotá y después como reportero de planta en la nordeste ciudad de Barranquilla, por lo que tuvo que abandonar la universidad.

Empeñado decididamente en sobresalir en la literatura, García Márquez escribió el borrador de la novela "El Coronel no tiene quien le escriba", obra que archivó por cinco años hasta que tenía editorial lo descubrió y la editó con regular éxito nacional.

Pero esa búsqueda periodística, la inquietud por los problemas sociales y económicos y el afán de investigar profundamente las noticias, le abrieron las puertas en 1962 en el diario El Espectador de Bogotá, por lo que tuvo que regresar a la capital para desempeñarse como reportero.

Con El Espectador realizó muchos viajes y la experiencia que recogió le sirvió mucho para elaborar su segunda novela que tituló "La Hojarasca", otra obra que tuvo regular éxito, aunque la primera edición fue de 30.000 ejemplares.

Posteriormente se imprimieron también con regular éxito "Los funerales de la mamá grande", "La mala hora", ganadora de un Premio Nacional de Literatura en 1966, "La cándida Heredia" y su última desahogada y una serie de cuentos, que después del triunfo de "Cien Años de Soledad" se vendieron con mucho éxito en Colombia y Latinoamérica.

Fueron aquellos años en la vida del novelista en que formó parte de una célula comunista en la que, según afirmó, "no recuerdo haber hecho nada importante".

Finalmente llegó a la cumbre de la popularidad cuando en 1966 salió la primera edición de su novela "Cien Años de Soledad" y se agotó rápidamente en las librerías y sitios de venta al público en Argentina, España, Venezuela, Chile, Perú, México, Colombia y Estados Unidos.

Después de alcanzar la fama internacional y de convertirse en un escritor de prestigio y respeto, García Márquez cambió el rumbo de su vida y tomó un ritmo más apaciguado que lo llevase por varios países del mundo ampliando siempre el tema político y la literatura.

Su círculo de amistades se amplió rápidamente y los escritores que ya habían ganado un prestigio, Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa y Graham Greene, entre otros, comenzaron favorablemente sus obras.

Una anécdota que no olvidan los colombianos y venezolanos fue cuando los miembros del jurado del primer Premio de Literatura Domingo Guzmán se sorprendieron cuando García Márquez, ganador de ese concurso, entregó el premio de 25.000 dólares al Movimiento Putsch al Socialismo, una fuerza que hacía prácticas mortíferas ese momento.

Años después, en 1974, apareció la novela "El Otoño del Patriarca", con menos éxito que la anterior, pero llena de sátiras y de humor negro contra lo que constituye la vida de un dictador.

Su última novela fue "Crónica de una Muerte Anunciada", en 1980, una obra que alcanzó un éxito en Colombia porque muchos de sus personajes viven en apartadas poblaciones de la Costa Atlántica.

El regreso de García Márquez a Colombia puede ocurrir de un momento a otro, y todo depende de los resultados de un estudio de mercados que realiza un grupo de profesionales sobre las posibilidades de fundar un periódico.

Sensacionalmente escribe una columna que publican varios periódicos del mundo en español, entre ellos El Espectador de Bogotá, su antigua casa editorial.

RECHAZA EL CINE

Por otra parte, el Premio Nobel de Literatura 1982, el colombiano Gabriel García Márquez, declaró hoy a una emisora argentina que su acclamada novela "Cien Años de Soledad" no será llevada nunca al cine.

"Prefiero que mis lectores continúen imaginando los personajes como ellos quieren y no como los ven en la pantalla", dijo el escritor.

En declaraciones telefónicas desde México a la radio local Mitre, García Márquez se declaró también "un gran admirador" del gran escritor argentino Jorge Luis Borges con quien "mucho nos hemos encontrado para una conversación larga".

"Amoroso luego que está trabajando actualmente en una novela de amor, pero no como todas las novelas de amor, sino en una fea".

Agregó que no renunciará jamás "a mi segunda vocación que es la de periodista, porque este oficio me mantiene en contacto con la realidad que es indispensable para seguir escribiendo la literatura".

COMO ESTUDIAR MEJOR Y APRENDER MAS

ES UN ENTRENAMIENTO PARA SUPERAR TODAS LAS DIFICULTADES EN EL ESTUDIO. DIRIGIDO A ESTUDIANTES DE SECUNDARIA Y UNIVERSITARIOS.

INSCRIPCION ABIERTA

ANAMERARI PTE. 1231, TEL. 44-40-50

RESIDENCIAS EN 90 DIAS

SISTEMA CONSTRUCTIVO YPSACERO.

CONSTRUCTORA COMSA S.A.

AMAZONAS 426 OTE.
COL. DEL VALLE

TEL.
78-60-20
78-65-92
78-01-41

El Sistema Ypsacero no es más que un nombre comercial, la realidad es que es el mismo sistema con el cual se construye en Estados Unidos, Canadá y Europa.

En 1954 se inició a construir en Estados Unidos con este sistema el tipo que utilizaban estructuras de madera y en 1973 se principió a usar estructuras metálicas a la fecha el 80% de las construcciones de 1981 en Estados Unidos se han hecho con el sistema de estructuras metálicas, es por esto que cuando decidimos iniciar en la construcción de vivienda prefabricada pensamos en hacer el cambio del sistema convencional a la estructura metálica brinándonos el paso de la madera, dado que la madera o su proceso industrializado en nuestro País no tiene la calidad requerida.

Este cambio del sistema convencional a la prefabricación es algo similar cuando se cambió el ladrillo por el block de concreto.

Ventajas del sistema.

Costo fijo para el cliente en casas de cualquier tamaño.

Rapidez de obra 90 días en casa residencial.

Menor número de obreros por construcción, pero no quiere que me malinterpreten de que se desocupará personal por requerir menos obreros o albañiles, al contrario esto indica que se pueden construir más casas anuales dado el déficit de vivienda en el País.

Limpieza de obra por no tener obra húmeda en el interior.

Menor costo financiero.

Este sistema está autorizado y sujeto de crédito por Banco de México y por Fondos como Fonvivienda.

Aplicable a cualquier proyecto residencial.

Ahorro en costo directo del 15%.

Existe un punto muy importante y por lo cual les pregunto ¿por qué cuando vacaciones o compramos casa o apartamento en Estados Unidos no nos importa cómo está construido? Y en México nos realitamos al cambio, este sistema no es invención nuestra no es más que una copia fiel de los sistemas americanos y asociados por la empresa U.S. Gypsum de E.U.A.

Otro punto importante, supongamos que una persona cuenta con solo \$100.000.00 de pesos e inicia su construcción de su casa la cual con el sistema convencional le llevará en promedio un año, pero con la inflación que hemos tenido en México en los últimos años, la casa termina costándole un 20% adicional. ¿De dónde esta persona sacará ese porcentaje adicional? Pero con este Sistema Ypsacero el cual tarda 90 días, se pueden garantizar los precios para que al cliente no le falte el porcentaje adicional, aparte de poder estrenar su casa en corto plazo.

Otro aspecto que quiero que se analice, adicionales al menor costo directo y que considero uno de los más importantes, cuando un promotor o inversionista construye casas convencionales y volvemos a suponer que tiene para invertir \$100.000.00 de pesos y tardará en el proceso de construir y vender un año, cuánto deberá de tener de ganancias?

Deberá ser superior a lo que paga el Banco o sea mínimo 60%, para cubrir el riesgo que el proyecto de construcción implica. Lo que le dará un precio de venta de \$100.000.00, pesos con una ganancia de \$60.000.00 al año, ahora el mismo inversionista con la misma cantidad por invertir podrá construir una casa cada 3 meses o sea podrá vender y construir 4 casas al año y bajar su margen de utilidad al 30%, lo que le dará un precio de venta por casa de \$100.000.00 pesos y una utilidad anual de \$120.000.00 pesos o sea el 120% de su inversión inicial el doble que con el sistema convencional y se beneficiará el inversionista y el cliente al comprar la casa \$300.000.00 más barato, y esto sin considerar que con el Sistema Ypsacero se tiene un ahorro en costo directo del 15%.

Esto nos indica que a pesar de las alzas e inflación, que se puede con un buen análisis, reducir los precios de venta y obtener mejores rendimientos utilizando los sistemas apropiados.

Tenemos actualmente una casa en exhibición dado que es difícil explicar con palabras el sistema y 2 más en proceso ubicados en Garza García, Nuevo León, en la esquina de Manuel Doblado y 2 de Abril.

Adrián Wise Gerente de Constructora Comsa, S.A., Rigoberto Salinas y Enrique Lutteroth.

MAYOREO DE JUGUETES

ATENCIÓN: REVENDEDORES, COMERCIANTES, CLUBES DE SERVICIO, MERCADOS SOBRE RUEDAS, ESCUELAS, IGLESIAS, COOPERATIVAS, SINDICATOS, JARDIN DE NIÑOS, UNIVERSIDADES Y FAMILIAS NUMEROSAS.

* CARROZAS * BALEROS * SUPER HEROES * CANTIMPLORAS * MATATENAS * CANICAS * RIFLES DE MUNICION * AUTO PISTAS

* TROMPOS Y MILES DE JUGUETES MAS.

TENEMOS DISFRACES PARA HALLOWEEN

FABRICANTES ASOCIADOS DEL NORTE, S.A.

UN NEGOCIO PARA SU NEGOCIO... SURTIMOS PEDIDOS POR COD

CDMPR. PTE. 141 JUAREZ NTE. 249 BUENOS LOS DOMINGOS JUAREZ S21. SUR JUAREZ SUR 605

* MUÑECAS
* CARROS
* FUTBOLITOS
* PISTOLITAS
* JUEGOS
* MINIATURA
* JUEGO DE TE

* RING DE MADERA CON LUCHADORES
* PELOTAS
* BALONES
* GLOBOS
* LOTERIAS

México tiene un Premio Nobel propio, Alfonso García Robles; y tiene otro Premio Nobel que es huésped: el del escritor Gabriel García Márquez.

A juzgar por los hechos, empero, parece que García Robles es colombiano y García Márquez mexicano.

El primer Premio Nobel mexicano en la historia apenas recibió de nuestro Gobierno –para el cual trabaja como Embajador ante la Conferencia de Desarme en Ginebra– el reconocimiento que su distinción merece.

García Márquez, empero, el amigo de Fidel Castro y enemigo declarado de Estados Unidos, exiliado en México porque en su propio País no es bien recibido, fue galardonado por el Gobierno Mexicano con la “Orden del Águila Azteca”.

García Márquez, ni duda cabe, es un gran escritor latinoamericano. Su obra es tan buena como la de Jorge Luis Borges, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa y Mario Benedetti, y J. Carlos Onetti, entre otros.

Es García Márquez un novelista a la altura de los buenos novelistas modernos nuestros como Octavio Paz, Juan Rulfo, y Carlos Fuentes.

No es, empero, García Márquez el primer latinoamericano en ser distinguido con el Nobel. Los chilenos Gabriela Mistral y Pablo Neruda ya habían sido honrados con él.

García Robles, sí, en cambio es el primer mexicano en recibir un Premio Nobel, lo cual parece a nuestras autoridades poco merecimiento.

Será que galardonar a García Márquez nos ufana de que somos el paraíso de los exiliados, mientras que hacerlo con el Embajador García Robles nos recuerda que dos Presidentes mexicanos fracasaron aspirando a ese premio.

El colombiano Gabriel García Márquez

En un siglo maculado por la gigantesca distancia entre el máximo desarrollo científico y técnico y el máximo retraso político y moral, la obra de García Márquez, en todo el mundo, devolvió al lector el poder de imaginar, que es idéntico al poder de desear.

En todas las -inevitables- listas de lo mejor del siglo XX con que el nuevo milenio se prepara a debutar -estadistas, científicos, películas, artistas plásticos, deportistas, poetas-, la de novelistas, invariablemente, en el mundo entero, incluye a Gabriel García Márquez y a Cien años de soledad.

Nuestro querido amigo Alfonso López Michelsen se ocupa ya de la importancia para Colombia que tienen la persona y la obra de García Márquez. No nos excluyan. Todos somos colombianos, de México a la Argentina, todos sentimos y deseamos como colombianos y por Colombia. Nadie ha hecho más para amarrar esa solidaridad que García Márquez, colombiano, latinoamericano, príncipe del gran territorio de la lengua española, el Territorio de La Mancha.

Siempre he dicho que escritores como García Márquez o Milán Kundera no lo son porque sean uno colombiano y el otro checo, ni porque uno escriba en castellano y el otro en francés. Aunque fuesen -bastaba un tiro de dados- lapones o hawaianos, sus obras se impondrían por el vigor del lenguaje y la fuerza de la imaginación.

Lenguaje e imaginación: quítensele a una sociedad su palabra y su deseo, y el espacio vacío lo ocuparán los dictadores, los demagogos, los criminales, los que no soportan ni la creación ni la crítica que la literatura lleva consigo. La creación y la crítica literarias ponen en jaque, arrinconan y a veces logran vencer, los reinos más sombríos de la delincuencia y del poder. En un siglo maculado por la gigantesca distancia entre el máximo desarrollo científico y técnico y el máximo retraso político y moral, la obra de García Márquez, en todo el mundo, devolvió al lector el poder de imaginar, que es idéntico al poder de desear. ¿Por qué, de Bob Dylan a Francois Mitterrand, de Felipe González a Sharon Stone y de Woody Allen a Mijail Gorbachev, el mundo se ha visto, si no mejor, al menos distinto en la obra de García Márquez?

Hablo de algunas personalidades mundiales que le han otorgado su devoción a Gabo. Tanto como ellos importan los lectores, anónimos pero singulares, múltiples pero inconfundibles, que en García Márquez descubrieron o redescubrieron el placer de la lectura, la secreta e insustituible comunión entre una persona y un libro, la inmensidad de los tiempos, la presencia del pasado como el triunfo de la memoria, la presencia del porvenir como actualidad de la imaginación y la intensidad del presente en el que García Márquez, sus lectores y su libro se reunieron.

En un panorama árido, dominado, como tantas veces, por un cierto dogmatismo profesoral -en este caso, el del nouveau roman francés- García Márquez salió como un Quijote barranquillero a reivindicar los fueros de la novela como gran centro de incorporaciones: aventura, memoria, psicología, política, deseo, humor, tragedia, personajes, intriga, todo lo desechado por una literatura reducida a la descripción de los objetos y de la mirada que los describe, fue barrida por el gran soplo de Cien años de soledad. Ayudó la historia: al año de la publicación de Cien años, el mayo parisino devolvió a las calles el hálito humano, "romántico", valorativo del ser humano y crítico de las sociedades que no lo respetan: La Imaginación al Poder. Ya estaba allí. García Márquez se lo había dado.

Fue también, 1968, primer año de los cien de Gabo, el año de Vietnam y Praga, de Tlatelolco y Chicago, año crucial del siglo en el que la prime-

ra rebelión contra el mundo de las cosas y por el mundo de la gente, pareció derrotado, sólo para resurgir, en este tránsito de milenios, como la alternativa creadora a un mundo dominado por las consecuencias finales de las mercancías liberadas y los trabajadores sojuzgados, de las jurisdicciones perdidas y las criminalidades ganadas, de las soberanías debilitadas y el fortalecimiento del derecho del más fuerte...

En medio de la desolación y la esperanza del tiempo, un gran escritor reivindica los espacios y los tiempos de lo específicamente humano. No se olviden de imaginar, nos pide Gabriel. Imaginen para tener un poder que nadie puede arrebatarles. Opongan su imaginación a realidades que parecen invencibles y permanentes, pero no lo son, son monstruos con pies de arcilla, gigantes que se devoran a sí mismos, no los teman, derrótenlos con las armas de la imaginación que también es, cómo no, imaginación política, imaginación social, imaginación histórica...

Gabo se lo dice a Colombia y se lo dice al mundo. No estamos condenados al Mal. Ni siquiera a ese Mal disfrazado que es la mediocridad satisfecha de la modernidad cresohedonista, de las tecnocracias neodarwinistas o de las burocracias protokafkianas. Miren: Aurelio Buendía ha transformado el barro en oro sólo para que Remedios la Bella, la mujer insustituible y adorada, pueda subir al cielo en alas de sus blancas sábanas...

Gabriel García Márquez le ha dado oro y alas a millones de lectores en todo el mundo. Los lectores guardan celosamente el oro pero sólo para poder, un día, emprender el vuelo. La obra de García Márquez es una de las grandes reservas espirituales que nos deja un siglo terrible, como promesa de un siglo mejor. En todo el mundo, volveremos a él, una y otra vez, cuando sintamos que hace falta un poco más de amor, un poco más de imaginación, para darle la cara a las inevitables tragedias del hombre-lobo-del-hombre. Inevitables pero superables. La obra entera de Gabriel García Márquez es un acto de confianza: un día saldremos de la jungla y viviremos como lo mejor que somos, no como lo peor. La fatalidad puede ser vencida por la imaginación y la imaginación, convertir la experiencia en destino.

No se le puede pedir más a un país.

No se le puede pedir más a un escritor.



'Vivir para contarla' inaugura sus memorias

Elige García Márquez la ironía para contarse

POR JULIETA RIVEROLL

Gabriel García Márquez eligió una voz irónica y autocrítica para interpretarse a sí mismo en *Vivir para contarla*, primer tomo de las memorias del Nobel colombiano que serán lanzadas al mercado hispano el 10 de octubre, reveló una fuente que tuvo acceso al manuscrito.

La nueva obra de García Márquez, que consta de ocho capítulos y cerca de 600 páginas, comienza con la llegada de su madre a Barranquilla, donde le pide que la acompañe de regreso a su natal Aracataca para poner en venta la casa familiar, y culmina con la partida del narrador a Ginebra a la edad de 23 años.

Vivir para contarla, título que sustituyó al original *Vivir para contarlo*, ya que "la vida no es la que uno vivió", según el escritor, "sino la que recuerda y cómo la recuerda para contarla", tendrá un tiraje inicial de 300 mil ejemplares bajo el sello de Grijalbo-Mondadori.

Escrita en orden cronológico, las memorias abordan los años de infancia y juventud de García Márquez, pero incluyen además referencias a hechos posteriores como la obtención del Premio Nobel de Literatura en 1982 y la muerte de su progenitora diez años más tarde.

La novela de corte autobiográfico carece de una frontera entre la realidad y la fantasía, según la fuente consultada, razón por la que puede ser considerada como un hito dentro del género de las memorias. El mismo escritor la ha definido como "su mayor obra de ficción".

El reportaje es uno más de los géneros que aborda en *Vivir para contarla*, donde también hay lugar para el ensayo y la crónica, logrando que todo esté "perfectamente" hilvanado con la ficción.

Se calcula que las memorias del autor de *Cien años de soledad*, quien radica en la Ciudad de México desde 1975, serán traducidas cuando menos a una treintena de idiomas, y gracias a su construcción estilística, en la que evita las frases largas para optar por un lenguaje más directo pero "elevado", el resto de las biografías sobre el escritor quedarán como "materiales de consulta".

La portada del libro muestra a García Márquez con un año de edad, en una imagen tomada por uno de los fotógrafos que solían ir de casa en casa en Aracataca. A partir del viaje que emprende de regreso a su pueblo natal, el autor rememora, en el primer capítulo, el rechazo que mostró su familia materna hacia su padre por considerar que era un simple conquistador. Nacido en 1928, García Márquez vivió parte de su infancia apartado de sus padres y rodeado de mujeres como sus tías y las criadas.

Las primeras páginas de las memorias anuncian el conflicto familiar que habrá de enfrentar tras tomar la decisión de abandonar los estudios para dedicarse a la escritura.

Los capítulos intermedios narran sus años de estudiante, las noches pasadas en burdeles y bailes con un grupo de amigos formado por escritores, poetas y periodistas.

Es ésta la época en que descubre las obras de William Faulkner y Virginia Woolf, aconsejado por el escritor catalán Ramón Vinyes, quien formó el Grupo de Barranquilla. Entre las anécdotas de ese tiempo destaca la que relata su encuentro con *El Quijote*, lectura que se tornó apasionante al seguir al pie de la letra la sugerencia de un amigo, que le pidió leerlo en pequeñas dosis durante sus visitas al baño.

El Nobel relata también el descubrimiento de su vocación como escritor y periodista, e inclusive el disgusto que le produjo que un editor español eliminara los regionalismos de *La mala hora* cuando esta novela se publicó en España.

Una de las escenas más impactantes, según la fuente, es cuando describe, en el capítulo quinto, el "Bogotazo", un periodo de violencia provocado por el asesinato del líder José Elíécer Gaitán en 1948. Tal vez el destino quiso que el hijo de Luisa Santiago viviera a una cuadra del lugar en el que ocurrió ese homicidio, del que fue testigo. Desde entonces, creyó que quien asesinó al líder no era más que un títere del partido conservador.

EL NOBEL DE LITERATURA COLOMBIANO

ADOPTA UNA ESTRUCTURA CRONOLÓGICA

EN UNA OBRA QUE HILVANA, JUNTO CON

LA FICCIÓN, EL PERIODISMO, EL ENSAYO

Y LA CRÓNICA



LA INFANCIA

El escritor aparece a la edad de ocho años al centro. Lo acompañan sus hermanos y un primo (arriba a la izquierda).



EL COLEGIO
En Barranquilla
cursa el
bachillerato



LOS PADRES
Gabriel Elígio y Luisa Santiago.



EL ESCRITOR
García Márquez en su estudio.



El abuelo Nicolás.

Personajes de novela

EL LECTOR AVEZADO PODRÁ RECONOCER entre la diversidad de seres y pasajes de las memorias de Gabriel García Márquez los que han servido de inspiración a sus obras literarias.

Tal es el caso del noviazgo de los padres del escritor, el cual quedó plasmado en *El amor en los tiempos del cólera*, o la tía que termina de coser su propia mortaja justo el día en que la muerte la alcanza, escena que recreó en *Cien años de soledad*.

El abuelo, sin duda, es uno de los personajes "entrañables", cuyos rasgos aparecen en algunos de sus libros, pues García Márquez pasó bajo su cuidado gran parte de su infancia en Aracataca.

Tampoco deja de lado a sus amantes, entre las que se encontraba la Nigromanta, "negra de huesos sólidos, caderas de yegua y tetas de melones vivos", quien aparece también en *Cien años de soledad*. Cada una de estas referencias confirma la idea del escritor de que toda literatura está anclada en la realidad.

LA CALLE DIARIO DE UN ESPECTADOR

García Márquez

Mañana aparecerá el primer tomo de las memorias de Gabriel García Márquez, que ha tenido un propósito central en su vida, Vivir para contarla. Así precisamente se llama el libro cuya aparición ha sido el acontecimiento editorial más esperado en mucho tiempo. Muchos diarios y revistas de la Ciudad de México y de otros países, Colombia por supuesto, han ofrecido anticipos de la autobiografía, por lo que juntando todos esos adelantos podríamos formar casi el volumen entero. Eso no obstante, cuando los ejemplares aparezcan mañana en las librerías, se formarán verdaderos tumultos para adquirir lo que, se ha dicho jugando con las palabras, es la mejor novela de García Márquez.

Aunque jamás renunció a su nacionalidad colombiana, el autor de Cien años de soledad es, en mucho, mexicano también. Ha vivido en México por largas temporadas y, de modo intermitente, desde hace cuarenta años. Vino de Nueva York, movido por una doble intolerancia. Trabajaba entonces, en 1962, para la agencia cubana Prensa Latina, cuya información irritaba a los miembros del exilio anticastrista en aquella ciudad, que amenazaron a García Márquez con hacerlo víctima de su violencia. Por si fuera poco, un reajuste interno en la política de Cuba despojó de la dirección de la agencia periodística a Jorge Ricardo Maseti, un periodista argentino al servicio de la Revolución Cubana. Muchos corresponsales se solidarizaron con el depuesto director y renunciaron. Entre ellos estaba García Márquez, que decidió viajar a México con su mujer Mercedes Barcha y su hijo mayor, Rodrigo, que al correr de los años se haría cineasta. Viajaron en automóvil y con sólo cien dólares por todo capital.

En el Distrito Federal vivía ya, y había padecido cárcel en Lecumberri, otro colombiano ilustre, Alvaro Mutis, que puso al recién llegado en comunicación con el precario mundo profesional, pe-

riodístico, a su alcance entonces. Fue un comienzo difícil. Su amigo Plinio Apuleyo Mendoza narra que “el día en que en México (García Márquez) obtuvo su primer empleo, como redactor de una revista femenina, tenía desprendida la suela del zapato. El propietario de la publicación, que era también un conocido productor de cine, le dio cita en un bar. Debí llegar antes que él e irse después, para que no notara aquel zapato descosido. Estaba, después de tantos años, en la misma situación de cuando se sentó a escribir su primer libro”.

La revista aquella se llamaba La familia, y el dueño y productor de cine era Gustavo Alatríste. Este había producido cine de calidad con Luis Buñuel, como Nazarín y Viridiana, en que actuó Silvia Pinal, con quien Buñuel se casaría después. Disponía de recursos logrados en la exhibición cinematográfica, y compró a la familia Sayrols un negocio muy decaído, donde se editaba aquella revista, que en ese momento fue dirigida por una joven periodista debutante que trocó su nombre de soltera, Cristina Romo, por el de Cristina Pacheco cuando se casó con el escritor José Emilio Pacheco. Además de La familia, Alatríste compró otra revista, Sucesos para todos, en que también aceptaron textos periodísticos del colombiano recién llegado. Sucesos, como se abrevió el título de la publicación, fue dirigido en esos años por un personaje célebre al que un día dedicaremos más de una nota, Raúl Prieto, un irritable y ameno escritor que hizo famoso el seudónimo de Níkitó Nipongo.

Pero estamos hablando de García Márquez en México. Poco a poco se fue relacionando con el medio intelectual y periodístico. Llegó a tener un automóvil y un día, cuando se disponía a tomar sus primeras vacaciones, camino a Acapulco lo asaltó la idea de que debía escribir la novela en que venía pensando desde muchos años atrás. Era tan imperativa la sensación, que dio vuelta y regresó a escribir Cien años de soledad.

GRILLOTINA

Gabo en boga...

El candidato del PAN al gobierno del Estado de Chihuahua, Javier Corral, ha propuesto que Gabriel García Márquez, Premio Nobel de Literatura, sea intermediario para resolver el conflicto entre México y Cuba.

Según el señor Corral- que es candidato del PAN y no del rancho San Cristóbal, pese al apellido-, García Márquez ya es más mexicano que colombiano y también más cubano que colombiano, por lo cual su intervención sería valiosa para reconciliar a Fox y Castro. ¿Pero se imagina usted al Presidente, a Fidel y a Gabo sentados en la mesa del diálogo?

Bueno, hagamos un ejercicio:

-Señores Presidentes, los he convocado para platicar, aunque sé que no tengo ningún tipo de autoridad para hacerlo...-, iniciaría García Márquez.

-¡No diga eso, chico!...Apena hará 20 años que desapareció la Unión Soviética, pero para mí han sido como "Cien años de soledad"...-, indicaría Fidel.

-¿Y usted me acepta como mediador, Presidente Fox?

-¡Claro, bato, porque tu entiendes bien mi situación y la has plasmado en una de tus novelas

-¿Por qué piensa usted eso?

-¿No escribiste "El amor en los tiempos de cólera" pensando en mí y en Martita?

-Oye, mi socio...

-¡Yo no soy tu socio, Fidel, eso lo será Salinas de Gortari!..

-Calmá, Chente, le dije "mi socio" aquí a García Márquez...¡No sabe cómo te admiro, mi querido Gabo, desde que leí una de tu obra cumbre: "Crónica de una muerte anunciada"!

-¿Es tu biografía, Fidel?

-¡Si te pone en ese plan, Vicente, me retiro inmediatamente!

-Te ruego que no le hagas esa descortesía a García Márquez, Fidel...

-¿Me está pidiendo que me quede, Vicente?

-Sí, Fidel, pero un rato...Nomás comes y te vas...

-¿Oíste tú eso, Gabo?...¡Ete hombre no me quiere!

-Cálmense los dos, por favor, si platicamos con calma podremos hallar una salida a sus diferencias...

-Me quedo po que tú lo pide, Gabo...

-Gracias, comandante...

-E que ere mi autor favorito, no sabe lo que disfruté leyendo tu novela "La increíble historia de la candidata Martita"

-¡Eso no se lo voy a pasar a Fidel!

-Comandante, mi libro es "La increíble historia de la cándida Eréndira"

-¡Es que no tiene abuela!

-Sí tiene, Chente, lo personaje son la cándida Eréndira y su abuela desalmada...

-¡Que tú no tienes abuela, Fidel!

-Presidente Fox, comandante Castro, les pido que guardemos compostura...

-Etá bien, chico, pero ante de ime, tiene que dedicame una de tu obra...

-Ya sé a cual te refieres Fidel, el libro "El comandante en su laberinto"...

-Es "El general en su laberinto", Presidente Fox...

-¿Ah ya ascendieron a Fidel?...

-¡No le aclare, Gabo: ete Fox, como tu coronel, no tiene quién le escriba y aunque le escriban no sabe leé...!

(Por todo lo cual, la intermediación de García Márquez resultaría inoperante. Pese a que Fox ya está leyendo a Borge, pero Tomás, el comandante sandinista)

¡Virgen de la Caridad del Cobre...

...ruega por nosotros!

¡RRRIINNNGGG!

-Bueno, Secretaría de Salud...

-¿Puedo hablar con el doctor Frenk?

-No se encuentra, pero si le podemos servir en algo...

-Solo quería saber si hay escasez de vacunas contra el sarampión..

-Cuando termine su cuarentena le contesta...

¡EPIGRILLO!!

Llevó Miguel Alemán

a "La Parroquia" a Norberto

(Y en ese café, por cierto, rogó no bendiga al PAN)



Foto: REFORMA / Enrique Lomas

PLAN B Javier Corral, candidato a Gobernador de Chihuahua por la alianza PAN-PRD-Convergencia, planteó recurrir a los buenos oficios de Gabriel García Márquez, para restaurar las relaciones entre México y Cuba.

Propone Corral a García Márquez como mediador

POR ENRIQUE LOMAS

REFORMA / CHIHUAHUA

CHIHUAHUA.- EL SENADOR CON LICENCIA Y CANDIDATO A LA gubernatura de Chihuahua, Javier Corral, propuso ayer la mediación del escritor Gabriel García Márquez para lograr la reconciliación entre México y Cuba.

"Deben nombrarse comisionados para la reconciliación, y creo que un hombre de indiscutibles lazos históricos entre México y Cuba, y en quien nadie podría dudar de su amor por estos pueblos y su lealtad a la democracia, a los derechos humanos y a las relaciones México Cuba, es García Márquez", dijo el candidato de la alianza Todos Somos Chihuahua.

Resaltó que ambos países tienen en el escritor colombiano un extraordinario puente para reactivar las relaciones a través de una comisión de mexicanos y cubanos que entablen el diálogo.

Indicó Corral que el Nóbel de Literatura permitiría a las partes en conflicto salir del esquema de los encargados de negocios, que solo deja en el 'limbo' las relaciones diplomáticas.

"Se requiere de la acción de un amigo de México y de Cuba, como es García Márquez. Es la hora que este amigo colombiano –ya más mexicano que colombiano y por decir también a veces más cubano que colombiano– pudiera intervenir y aportar su conocimiento, su experiencia", sugirió Corral.

Agregó que no sería la primera vez que García Márquez interviniera en una tarea para distender relaciones difíciles, pero sí la primera ocasión que lo hiciera el reencuentro de dos países amigos, como México y Cuba.

Gabo en su laberinto

La Revolución Cubana concitó alrededor suyo un ciclo de esperanza y desilusión muy similar al que despertó la Revolución Rusa. En un principio parecía el ideal de Martí vuelto realidad, la posibilidad de construir “Nuestra América”, una sociedad distinta a “la otra América”, más justa, digna, igualitaria y libre. Las conciencias liberales se desencantaron muy pronto del experimento, pero la frustrada invasión de Playa Girón y las sanciones comerciales estadounidenses mantuvieron viva la flama, a pesar del claro alineamiento de Castro a la Unión Soviética y las muestras palmarias del ahogo de todas las libertades en la isla: de expresión, creación, creencia, asociación, manifestación, movimiento, crítica, empresa, sufragio, afiliación política y preferencia sexual. Para una buena parte de los intelectuales latinoamericanos, el punto de quiebre sobrevino en 1971, con el Caso Padilla. Espiado por los servicios secretos del régimen, el poeta Heberto Padilla fue sometido a un proceso de autoinculpación calcado de los juicios de Moscú en los años treinta. Bajo el manto del PEN club mexicano, José Emilio Pacheco y Gabriel Zaid tuvieron la iniciativa de publicar una carta a Castro en la que aparecieron las firmas de los más destacados escritores del país, Octavio Paz, Juan Rulfo, Carlos Fuentes y José Revueltas, entre otros (apareció en varios periódicos, el 4 de abril de 1971). Muy pronto, otra carta recorrió el mundo: la firmaban algunos novelistas del boom, como Mario Vargas Llosa, y otros grandes intelectuales, entre ellos Jean Paul Sartre. Castro contestó airadamente, provocando una contrarréplica aún más dura y convincente. Destacaba -por su ausencia- una firma: la del célebre autor de Cien años de soledad. Años más tarde, en 1975, Gabriel García Márquez publicó en Alternativa de Bogotá un texto titulado “Cuba de cabo a rabo”, reportaje sabroso como todos los suyos pero que, en el fondo, constituía mucho

más que eso: una profesión de fe absoluta en la Revolución Cubana encarnada en la heroica figura del Comandante: “Cada cubano parece pensar que si un día no quedara nadie más en Cuba, él solo, bajo la dirección de Fidel Castro, podría seguir adelante con la Revolución hasta llevarla a su término feliz. Para mí, sin más vueltas, esta comprobación ha sido la experiencia más emocionante y decisiva de toda mi vida”.

Lo fue, al grado de que García Márquez no se ha apartado de esa visión epifánica en casi treinta años. ¿Qué vio, que cualquiera podía ver? Logros notables en los servicios de salud y educación (aunque no se preguntó si para alcanzarlos era necesario el mantenimiento de un régimen totalitario: un súbdito sano y alfabetizado sigue siendo un súbdito, no un ciudadano). ¿Qué dijo no haber visto? “Privilegios individuales” (aunque convivió con la familia Castro, adueñada de la isla en la más pura tradición patrimonialista), “represión policial y discriminación de ninguna índole” (aunque desde 1965 se habían creado los campos de concentración para homosexuales, antisociales, religiosos y disidentes). ¿Qué vio, finalmente? Lo que quería ver: a cinco millones de cubanos pertenecientes a los CDR (Comités de Defensa Revolucionaria) no como los ojos y el garrote de la Revolución sino como su “verdadera fuerza” o, más claramente -en palabras de Fidel Castro, citadas por el propio García Márquez-, “un sistema de vigilancia colectiva revolucionaria para que todo el mundo sepa quién es y qué hace el vecino que vive en la manzana”. También vio multitud de “artículos alimenticios e industriales en los almacenes de venta libre” y profetizó, con candor, que “en 1980 Cuba sería el primer país desarrollado de América Latina”. Sobre todas las cosas le conmovía Fidel: “su mirada delataba la debilidad recóndita de su corazón infantil ... ha sobrevivido intacto a la corrosión insidiosa y feroz del poder cotidiano, a su pesadumbre secreta

... ha dispuesto todo un sistema defensivo contra el culto a la personalidad". Por eso, y por su "inteligencia política, su instinto y honradez, su capacidad de trabajo casi animal, su identificación profunda y confianza absoluta en la sabiduría de las masas", había logrado suscitar el "codiciado y esquivo" sueño de todo gobernante: "el cariño". En su retrato resuenan ecos de H. G. Wells, que en los años pavorosos de la hambruna ucraniana declaró: "nunca he conocido a un hombre más sincero, justo y honesto que Stalin. Nadie le teme y todo el mundo confía en él". O de Pablo Neruda, en su Canto general: "el nombre de Stalin alza, limpia, construye, fortifica, preserva, mira, protege, alimenta, pero también castiga".

Aquellas virtudes se sustentaban, según García Márquez, en la "facultad primordial y menos reconocida" de Fidel: su "genio de reportero". Todos los grandes hechos de la Revolución, sus antecedentes, detalles, significación, perspectiva histórica, estaban "consignados en los discursos de Fidel Castro. Gracias a esos inmensos reportajes hablados, el pueblo cubano es uno de los mejores informados del mundo sobre la realidad propia...". Esos discursos-reportajes, admitía García Márquez, "no habían resuelto los problemas de la libertad de expresión y la democracia revolucionaria". La ley que prohibía toda obra creativa opuesta a los principios de la Revolución le parecía "alarmante", pero no por su limitación a la libertad sino por su futilidad: "cualquier escritor que ceda a la temeridad de escribir un libro contra ella, no tiene por qué tropezar con una piedra constitucional ... la Revolución será ya bastante madura para digerirlo". Aunque Granma había destacado, hacía unas semanas, la carta de una "enfermera a quien una tienda de Estado le había vendido un televisor inservible", la prensa le parecía todavía deficiente en información y sentido crítico, pero se podía "pronosticar" que la prensa en Cuba sería "democrática, alegre y original" porque estaría fincada en "una nueva democracia real ... un poder popular concebido como una estructura piramidal que garantiza a la base el control constante e inmediato de sus dirigentes". "No me lo crea a mí, qué carajo. Vayan a verlo", concluía García Márquez.

Ninguno de los crímenes y reveses de la Revolución Cubana (anteriores y posteriores) lo apar-

tó nunca de aquella visión primigenia, portento orwelliano de mistificación, versión caribeña y "progresista" de la teoría del "gran hombre en la historia" que propugnó Carlyle, el ancestro del fascismo. El paredón inicial, los permanentes y masivos encarcelamientos políticos, el apoyo a la invasión de Checoslovaquia en 1968 ("exigimos que nos invadan también a nosotros si nos apartamos del socialismo", dijo Fidel), la crisis de los balseros, el espionaje y terror de Estado a través de los CDR, el control total de la información, la censura de toda opinión disidente, la prohibición a los libros de infinidad de autores, el poder absoluto por 44 años en manos del "reportero Castro", la tortura, el racionamiento creciente, las aventuras del "internacionalismo cubano" en Angola, Mozambique, Congo y Etiopía -con su estela de centenares de miles de muertos, mutilados, desplazados-, son todos episodios que no aparecen en sus crónicas. Tampoco le suscitó mayores (o menores) dudas o resquemores la dependencia integral (militar, económica, política) de Cuba con respecto a la metrópoli soviética. Que La Habana hubiese sido "el escandaloso burdel de gringos" le parecía un crimen, que luego lo fuera de los rusos (y ahora de los latinoamericanos o españoles) le parecía, quizá, una fatalidad o un accidente de la historia. (Fidel Castro ha sido más cínico: nuestras prostitutas trabajan por gusto y muchas tienen grados universitarios.) Todos los males, por lo demás, podían atribuírsele siempre al bloqueo comercial de los Estados Unidos, medida torpe y contraproducente, sin duda alguna, pero desmentida (en sus proporciones y su sentido) por el propio texto de García Márquez de 1975: "la tarde en que llegué a La Habana había catorce barcos del mundo haciendo cola para entrar al puerto. La tarde en que salí había veintidós y habían puesto un cargamento de automóviles europeos de un extremo al otro del malecón". Hoy Cuba comercia con 148 países, pero García Márquez (que en ese mismo texto abjuró de la dependencia comercial con Estados Unidos en los años anteriores a la Revolución) persiste en hablar de bloqueo, como si Cuba fuera una nueva Numancia. Castro y García Márquez proclaman que lo es, para justificar la tiranía.

¿Cómo se explica esta fidelidad a Fidel, ese hombre "tímido" -como lo calificó en 1990-, "uno

de los mayores idealistas de la historia”? ¿Será la simple y llana amistad o es la fascinación, el encantamiento, la seducción del poder, y no de cualquier poder sino del poder absoluto? En un seminario para periodistas organizado en 1996 en Colombia, García Márquez dijo: “Fidel es una de las personas que más quiero en el mundo”. “Un dictador”, dijo alguien, y el escritor replicó que las elecciones no eran la única forma de ser democrático. Enseguida, un periodista venezolano inquirió por qué actuaba como asesor honorario de Castro. “Porque es mi amigo”, dijo García Márquez, agregando que uno debía hacer todo por los amigos. En 2002, Fidel respondió a la vieja amistad (data de 1972) publicando un encomio de Vivir para contarlos, las memorias de García Márquez. Todo iba relativamente bien, hasta que hace unos días un movimiento de conciencia más importante y universal que la democracia pareció interponerse entre los dos amigos: los Derechos Humanos.

En marzo de este año, en una acción fulminante, Castro reeditó los juicios de Moscú contra 78 disidentes condenándolos a penas de entre 12 y 27 años de cárcel. (Uno de ellos fue acusado de poseer “una grabadora Sony”). Acto seguido, ordenó matar en caliente a tres muchachos que querían huir del paraíso secuestrando un lanchón. Ante el crimen, José Saramago declaró que “hasta allí llegaba” su relación con Castro, pero Susan Sontag fue más lejos, y en el marco de la Feria del Libro de Bogotá confrontó a García Márquez: “es el gran escritor de este país y lo admiro mucho, pero es imperdonable que no se haya pronunciado frente a las últimas medidas del régimen cubano”. En respuesta, García Márquez pareció marcar vagamente su distancia con Castro: “en cuanto a la pena de muerte, no tengo nada que añadir a lo que he dicho en privado y en público desde que tengo memoria: estoy en contra de ella en cualquier circunstancia, motivo o lugar”. Pero casi de inmediato tomó distancia...de su distancia: “algunos medios de comunicación -entre ellos la CNN- están manipulando y tergiversando mi respuesta a Susan Sontag, para que parezca contraria a la Revolución Cubana”. Para remachar, reiteró un viejo argumento suyo, justificatorio de su relación personal con Castro: “no podría calcular la cantidad de presos, de disidentes y conspiradores,

que he ayudado, en absoluto silencio, a salir de la cárcel o a emigrar de Cuba en no menos de 20 años”. Pero uno se pregunta, ¿por qué los habría ayudado García Márquez a salir de Cuba si no es porque consideraba injusto su encarcelamiento? Y si lo consideraba injusto (tanto como para abogar por ellos), ¿por qué sigue respaldando públicamente a un régimen que comete esas injusticias? ¿No hubiera sido más valioso denunciar públicamente el injusto encarcelamiento de esos “presos, disidentes y opositores” y así contribuir a acabar con el sistema carcelario cubano?

Hay un profundo misterio moral en la dualidad del hombre de letras en cuya alma conviven el genio literario y la política totalitaria. Orwell la vio como una esquizofrenia atribuible, entre otros factores, al debilitamiento del deseo de la libertad entre los intelectuales y a un perturbador desprecio por la verdad objetiva: “pero cualquier escritor que adopta el punto de vista totalitario, que consiente la falsificación de la realidad y las persecuciones, se destruye a sí mismo en ese instante”. Gabriel García Márquez es uno de los mayores autores de nuestra lengua. Pero no es un escritor de torre de marfil: ha declarado estar orgulloso de su oficio de periodista, promueve el periodismo en una academia en Colombia y ha dicho que el reportaje es un género literario que “puede ser no sólo igual a la vida sino más aún: mejor que la vida. Puede ser igual a un cuento o una novela con la única diferencia -sagrada e inviolable- de que la novela y el cuento admiten la fantasía sin límites pero el reportaje tiene que ser verdad hasta la última coma”. ¿Cómo concilia García Márquez esta declaración de la moral periodística con su propio ocultamiento de la verdad en Cuba, a pesar de tener acceso privilegiado a la realidad cubana?

En lo personal, creo que su obra de ficción es tan poderosa y original, que sobrevivirá a las extrañas fidelidades del hombre que la escribió, igual que la obra de Celine sobrevivió a su pasión por los nazis o la de Pound a su admiración por Mussolini. Pero sería un acto de justicia poética el que, en el otoño de su vida y el cenit de su gloria, se deslindara de Fidel Castro y pusiera su prestigio al servicio de la libertad, la democracia y los derechos humanos en Cuba. Aunque tal vez sea imposible. Esas cosas inverosímiles sólo pasan en las novelas de García Márquez.

HOJEANDO

Todos somos un Buendía

Monterrey.- “No sé a qué horas sucedió todo. Sólo sé que desde que tenía 17 años y hasta la mañana de hoy no he hecho cosa distinta que levantarme temprano todos los días, sentarme frente a un teclado, para llenar una página en blanco o una pantalla vacía del computador, con la única misión de escribir una historia aún no contada por nadie, que le haga más feliz la vida a un lector inexistente”.

Cuando Gabriel García Márquez pronunciaba estas palabras en el Congreso Internacional de la Lengua Española, circulaban ya los ejemplares de la edición conmemorativa de su novela cumbre, “Cien Años de Soledad” (Alfaguara-Asociación de Academias de la Lengua Española).

Fue en esta ceremonia, que terminó inundada de mariposas amarillas, que el colombiano expresó la que quizá sea la clave de la trascendencia de la novela: “Los lectores de ‘Cien Años de Soledad’ son hoy una comunidad que si viviera en un mismo pedazo de tierra sería uno de los veinte países más poblados del mundo”.

Gabo y sus amigos se han encargado de construir una mitología en torno a la novela y su proceso de elaboración. Pocos ignoran las anécdotas en torno a la pobreza del novelista y su familia; las maneras en que Mercedes se las ingeniaba para posponer el pago de la renta; la solidaridad de los amigos para no desampararlos; y el extraño viaje del texto original, en dos partes, de la Ciudad de México a Buenos Aires. Gabo representa por ese contexto el sacrificio que toda escritura (sería) conlleva.

Tener en las manos una edición tan completa de la novela, con correcciones, presentaciones de otros escritores, árbol genealógico, glosario y diccionario de nombres, es afortunado y podría serlo más si este suceso se volviera hábito y aconteciera en otros grandes títulos.

¿Qué nos acerca a “Cien Años...”? La fundación de un mundo, sus primeros habitantes, su desarrollo, las decenas de historias familiares que se entrelazan para formar una sola, el progreso que no llega del todo, las batallas y el amor desenfrenado de sus personajes. El origen, auge y caída, pues, de una familia, que somos nosotros, América Latina, el mundo.

Pero, sobre todo, la narración. No hay manera, nadie lo ha explicado ni siquiera el autor, cómo hizo lo que hizo en poco más de un año. ¿De dónde el tono, la singular forma de contar lo que de todos modos sabemos, pero no de esa manera?

Todos somos un Buendía y “Cien Años de Soledad”, en su edición revisada y corregida, lo comprueba: todo lo que sucede allí nos fue contado, lo escuchamos por testigos o protagonistas. Incluso lo habremos vivido.

La duda es cuál de todos los Aurelianos o Remedios somos. En cuál de las siete generaciones se inserta la nuestra.

García Márquez es hoy un clásico vivo. Pocas épocas en el mundo tuvieron un fenómeno así. Al pensarlo, uno no deja de remitirse a la imagen del tiempo en que el colombiano escribió “Cien Años de Soledad”: descalzo, con su cabellera negra enredada, pensando frente a una máquina de escribir. Imaginándonos.



Retira Puebla inversión a cinta de Gabo

Paran rodaje de su novela

► Lamenta productor que se politice versión de cine de *Memorias de Mis Putas Tristes*

Omar Cabrera

El rodaje de la adaptación cinematográfica del libro *"Memorias de Mis Putas Tristes"*, de Gabriel García Márquez, que comenzaría el 26 de octubre en locaciones de Puebla, ha tenido que ser pospuesto debido a que el Gobierno de ese Estado le ha retirado el apoyo económico de alrededor del 20 por ciento del costo total de la cinta (estimada en 5.5 millones de dólares) a los productores tras la polémica generada por un organismo civil.

La Coalición Regional contra el Tráfico de Mujeres y Niños en América Latina y el Caribe, que dirige Teresa Ulloa, declaró el viernes pasado a la agencia AP que tenía previsto interponer, ayer, una denuncia de hechos ante la Procuraduría General de la República en contra del autor colombiano, de los productores del filme y hasta del Gobierno de Puebla por considerar que el filme promoverá la prostitución infantil.

Ricardo del Río, productor y codirector de la cinta, criticó el proceder de Ulloa, así como de la periodista Lydia Cacho y de la productora de cine Bertha Navarro, ambas miembros de la coalición, quienes desde su tribuna respaldaron la intención de parar este rodaje.



► Teresa Ulloa

"Bertha le mandó un correo electrónico al otro director, Henning Carlsen, para decirle que si aceptábamos el dinero del Gobierno de Puebla íbamos a ser parte de una mafia de prostitución infantil."

"Es increíble, porque sabíamos que habría polémica, pero no de una periodista como Lydia ni de una cineasta como Bertha. Sorprende, porque ellas han combatido justamente la censura, están en favor de la libertad de expresión. Están censurando una obra filmada antes de que se haga sin conocer ni el guión ni la visión del director. ¿Cómo pueden opinar y criticar así?", cuestionó Del Río en entrevista.

El libro de Gabo cuenta la historia de un nonagenario que se enamora de una adolescente de 14 años, pero en la adaptación, según el productor, no contemplaban escenas sexuales.

"La actriz que elegimos, Ana de Armas, tiene 21 años, pero en la película no se maneja la edad, así que simplemente han asesinado nuestra adaptación, nos han dado un golpe mortal porque no podemos aventurarnos a filmar sin todos los recursos, será difícil que esto salga adelante porque ya se politizó", sentenció Del Río.



► Ricardo del Río afirma que la adaptación filmica sobre el libro de García Márquez no habla de sexo.

Añadió que *Memorias...*, una coproducción entre México, España y Dinamarca, daría empleo a 75 personas, usaría 800 extras y 25 proveedores de servicios, sin contar la derrama económica en Puebla, por conceptos como la renta de 2 mil 500 habitaciones durante la filmación.

Ni Lydia Cacho ni Teresa Ulloa respondieron a las peti-

ones de entrevista que se les solicitaron ayer. Y hasta el cierre de esta edición, la PGR no había recibido la denuncia que supuestamente iba a interponer esta última.

Bertha Navarro fue consultada por REFORMA, y aunque ratificó que sí envió a Henning Carlsen el correo que a continuación se muestra, rechazó abundar en detalles.

Señaló que lo envió al director en carácter de amiga y sólo para enfatizarle que tuviera cuidado con la gente de la que recibía dinero para la película.

Una exposición de Gabo

CULTURA

La postura de Navarro

De acuerdo con información proporcionada a *Gente!* y confirmada con Bertha Navarro, este es el mail que la productora le envió a Henning Carlsen, quien codirigiría *Memorias de mis Putas Tristes*.

"Henning, he estado leyendo que Mario Marín, Gobernador de Puebla, financiará su filme acerca de la novela de García Márquez. Está en todos los medios y también hay información proveniente de la oficina de comunicación del Gobierno de Puebla. Usted está siendo financiado por la mafia más indignante que oculta la red de pedofilia de tráfico de niños. Este filme será un encubrimiento perfecto para ellos. Y su filme siempre será visto como pedofilia. Mire quien lo financia... usted es un director muy respetado. Sin importar cuánto quiera hacer este filme, no puede hacerlo 'no importa cómo'. Nunca será inocente. Verdaderamente triste".

¿Sabías que...?

- El filme completaría su esquema financiero con recursos del Consejo Para el Desarrollo Industrial, Comercial y de Servicios de Puebla.
- Este brindó también apoyos a las cintas *La Leyenda de la Nahuala* y *Arráncame la Vida*.
- La empresa FEMSA participaría como coproductor bajo el esquema del artículo 226 del ISR.
- Videocine estaba interesada en la distribución de la cinta, pero no había un contrato firmado.
- Gabo está enterado y no concibe cómo una obra cultural se ha politizado, según informó Ricardo del Río.

DE POLÍTICA Y COSAS PEORES

Fanatismos

En la escuela rural la profesora le preguntó a la niña Bucolina por qué no había asistido a clases el día anterior. “Nuestra vaca está en celo -explicó la pequeña-, y tuve que llevarla con el toro”. Inquieta la maestra: “¿No pudo hacer eso tu papá?” Contesta la chiquilla: “No. Tiene que ser el toro”... Le cuenta un tipo a otro: “En Estados Unidos las empresas cigarreras están siendo demandadas por los graves daños que han causado a la salud de los fumadores”. Replica el otro: “Entonces yo voy a demandar a las empresas fabricantes de licores, por todas las mujeres feas con las que me he ido a la cama”... Decía Babalucas: “Mi abuela tiene cataratas. Y eso que hay sequía”... Airadas voces se han levantado, algunas a más de 10 centímetros sobre el suelo, para exigir que no se lleve al cine la novela Memoria de mis putas tristes, de Gabriel García Márquez. Esa inquisitorial demanda proviene principalmente de la izquierda. Yo siento un gran respeto por la izquierda, aunque a veces no sea tan derecha, pero creo que en este caso va por camino equivocado. Sus censores y censoras decretaron que permitir la filmación de esa novela es propiciar la pederastia, hacer la apología de la prostitución y la pornografía infantiles, y alentar la esclavitud de niños, pues su protagonista, un nonagenario, paga por tener una relación sexual con una adolescente de 14 años. Están seguros de que los varones que vean la película -sobre todo los que tengan 90 años o más- saldrán del cine poseídos por rijos pedofílicos, e irán corriendo a buscar niñas de 14 años, vírgenes y drogadas, para ejercer en ellas lo aprendido en ese inmoral film. Aplicando el mismo razonamiento deben pedir también que se prohíba la exhibición de otras dos magníficas películas basadas en novelas de García Márquez: Crónica de una muerte anunciada, pues la obra puede incitar al público a cometer el delito de homicidio, y El amor en los tiempos del cólera,

porque ahí se exalta la promiscuidad sexual, fea costumbre del personaje principal, que tras haber conocido carnalmente a cientos de mujeres, ya en plena ancianidad, y pese a no ser de Saltillo, seguía teniendo amores eficaces con muchachas jóvenes. Lo que llama la atención en este episodio de censura es la falta de congruencia. No hace muchos años un funcionario panista reclamó su derecho a saber qué libros se encargaban en la escuela a su hija menor de edad, y juzgó impropia para ella la lectura de Aura, de Carlos Fuentes. De inmediato se echaron sobre él como mastines los adalides de la izquierda libertaria, y lo cubrieron con los más acres calificativos y denuestos. Claro que con eso la espléndida novela de nuestro máximo escritor recibió una copiosa propaganda, igual que ahora sucede con la obra del colombiano. Sería una lástima que los productores de la película cedieran a las presiones de los extremistas. Ya se ve que los fanatismos de la izquierda son tan feroces y nocivos como los de la derecha. Yo pienso que es un privilegio vivir en la misma época en que vive Gabriel García Márquez. Es como haber vivido cuando vivía Cervantes. Impedir la filmación de Memoria de mis putas tristes es imponer a la obra de este hombre genial limitaciones derivadas de estrechos criterios moralistas, y someterla a obtusas consideraciones que nada tienen que ver con la naturaleza del arte, en cuya esencia está la libertad creadora. Y ya no digo más, porque estoy muy encaboronado. Mejor narraré un cuentecillo final, a ver si se me pasa el coraje... Pirulina llegó presurosa con el padre Arsilio, y le pidió que la oyera en confesión. “Estuve hoy en la tarde con mi novio -le contó-, y me hizo el amor tres veces”. Le indicó el buen sacerdote: “De penitencia reza tres rosarios”. “Rezaré cuatro -ofrece Pirulina-, porque lo voy a ver de nuevo hoy en la noche, y de seguro va a querer por lo menos otra vez”... (Nota: este chiste está prohibido, porque incita a la cuadruplicación)... FIN

Gabo: memorias de la memoria

Género. La memoria es el género que se atreve a decir su propio nombre. La biografía nos dice: “Eres lo que fuiste”. La novela nos dice: “Eres lo que imaginas”. La confesión nos dice: “Eres lo que hiciste”. Pero biografía, confesión o novela requieren memoria, pues la memoria, dice Shakespeare, es el guardián de la mente. Un guardián, diría yo, que se radica en el presente para mirar con una cara al pasado y la otra al porvenir. La búsqueda del tiempo perdido también es, fatalmente, la búsqueda del tiempo deseado. Hoy, en el presente de este año duodécimo del segundo milenio después de Jesús, Gabriel García Márquez rememora. A los que un día le dirán: “Esto fuiste”, “Esto hiciste” o “Esto imaginaste”, Gabo se les adelanta y dice simplemente: Soy, seré, imaginé. Esto recuerdo.

Mi primer García Márquez. A mediados de los años cincuenta, dirigía junto con Emmanuel Carballo una Revista Mexicana de Literatura, adversa al chovinismo estrecho de nuestra antañona vida cultural. Una de las maneras de romper “la cortina de nopal” (Cuevas dixit) consistió en asociarnos con revistas latinoamericanas de espíritu similar. Eran dos Orígenes, dirigida en La Habana por Cintio Vitier, que me permitió iniciar una paradisiaca correspondencia con el gran José Lezama Lima. Y Mito, publicada en Bogotá por Jorge Gaitán Durán, y que me puso en contacto con dos jóvenes y ya grandes escritores colombianos, Alvaro Mutis y Gabriel García Márquez. Digo que conocí a Gabo antes de conocerlo, publicando en México “Los funerales de la Mamá Grande” y “Monólogo de Isabel viendo llover en Macondo”. ¿Quién era, cómo era este escritor transparente y luminoso que de un golpe sacaba al trópico del tópico (La Vorágine, Canaima) y le daba esa tristeza levistrausiana que Claudio Magris ha descrito como un rasgo de la literatura la-

tinoamericana? Contra la tentación de la lectura exótica, García Márquez nos pedía “hacer la tarea escolar de re-leer una prosa melancólica, difícil, dura”. El premio a su propia exigencia creativa, a contra-corriente de la facilidad del momento, premió a García Márquez con una popularidad sólo comparable, en la lengua castellana, a otra novela diáfana porque es “melancólica, difícil, dura”, el Quijote. No nombro, por pudor, a los grandes escritores extranjeros que no han podido con la dificultad de ese libro, el Quijote, que a nosotros nos parece transparente. Sólo cito al best-seller norteamericano del momento, Jonathan Franzen, que reconoce su imposibilidad de leer a Cervantes. Y secretamente, hay españoles e hispanoamericanos que se cierran ante García Márquez. Yo los celebro porque significa que hay en Gabo una zona “melancólica, difícil y dura” que ya era evidente en aquellos cuentos que publiqué en la Revista Mexicana de Literatura.

El primer encuentro. Fue en las oficinas de ese Médicis yucateco exuberante, generoso, caprichoso y loco que fue Manuel Barbachano Ponce. Una mansión decrepita en la Calle de Córdoba -La Mansión de Drácula, dijo Gabo- donde Alvaro Mutis me presentó a García Márquez y nació la amistad a primera vista. Creo que desde ese momento fuimos amigos para siempre al grado de que yo puedo marcar las etapas de mi vida a partir de los treinta y dos años mediante los hitos de la amistad con Gabo y él mismo ha dicho que “si alguna vez escribiéramos nuestras memorias respectivas, los lectores se van a encontrar con páginas intercambiables”.

Páginas intercambiables. En el México de los sesentas, la vida literaria giraba entre dos cafés de la Zona Rosa, el Kineret y el Tirol. Gabo y yo decidimos institucionalizar los encuentros todos los domingos de las seis de la tarde en adelante en mi desvencijado caserón en San Angel Inn. Por allí

pasó la humanidad entera, todos éramos jóvenes, todos éramos promesas, todos fumábamos, todos bebíamos, unos se quedaron en promesas, otros se propusieron ganar la módica medida del genio con la desmesura del trabajo. Todos bailábamos al ritmo de los recién descubiertos Beatles y Rolling Stones. Prueba: Una extraordinaria foto de Gabo bailando el watusi con Elena Garro. Todas las muchachas eran bellas. ¿Quién más que la trágica, frágil orquídea de un invernadero ístmico, Arabella Arbenz? Arabella, hija del derrocado (por la CIA) presidente de Guatemala Jacobo Arbenz, vino a México a hacer cine y Gabo y yo éramos pareja de guionistas tan frágiles en nuestro métier como Arabella en su vida. Escribimos juntos el libreto de *El gallo de oro*, cuento de Juan Rulfo que dirigiría Roberto Gavaldón, realizador tan en demanda que durante el día escribía un guión para Libertad Lamarque y de noche, con nosotros, *El gallo de oro*, de suerte que, confundidos, a veces poníamos al Gallo a cantar tangos y a doña Liber a cacarear. Pasábamos horas Gabo y yo discutiendo sobre el adjetivo correcto para describir la puerta de entrada a la hacienda de don Esculapio Virgen (excéntrico ranchero de nuestra invención) o el lugar preciso para una coma extraviada. Un buen día, García Márquez me dijo: -¿Qué vamos a hacer? ¿Salvar al cine mexicano o escribir nuestras novelas? La suerte estaba echada.

Cien años de felicidad. Yo me fui a vivir una larga temporada a París y Gabo se encerró a escribir *Cien años de soledad*. Mercedes cerró las puertas de la casa, cortó las líneas de teléfono y abasteció el refrigerador. Un año más tarde, me llegaron las primeras cincuenta páginas de *Cien años de soledad*. Las leí con emoción, asombro y sobre todo gratitud por tener un amigo de tan inmenso talento y de tan inmensa generosidad. Porque esta era una novela generosa. En muchos sentidos. No sólo daba y se daba. No sólo poseía

ese don de reconocimiento -la anagnórisis que da título a un hermoso libro de Tomás Segovia, gran poeta de nuestra generación-. No sólo reunía en un haz las grandes tradiciones de la literatura hispanoamericana -mito de fundación, épica de destrucción, historia de recreación- sino que, magistral, generosamente, demostraba la compatibilidad de los géneros en una época de sequía literaria determinada por la dictadura del *nouveau roman* francés, empeñado en convertir la literatura en desierto.

Frondoso por generoso, García Márquez nos volvía a ubicar a todos en el Territorio de la Mancha, la gran provincia trasatlántica de Cervantes, donde se dan cita la épica de caballería, la picaresca, la novela bucólica, la trama bizantina, la novela dentro de la novela, la cárcel de amor, la generosidad literaria que García Márquez recupera para la América Latina a partir de una tradición compartida y de una ubicación geográfica amorosa. El Caribe, la corriente de reconocimientos literarios que fluye del Mississippi de William Faulkner por las "islas de la corriente" de Ernest Hemingway, con escala en castellano en la Cuba de Alejo Carpentier y su concepto de lo real maravilloso, verdadero origen del realismo mágico, pero que se extiende a la lengua francesa de Jacques Roumain y los Thoby-Marcellin en Haití y Aimée Césaire y Edouard Glissant en el Caribe francófono y Jean Rhys la desolada niña del Mar de los Sargazos vestida toda de blanco en el Caribe angloparlante y como un faro del castellano, resistiendo todos los embates del imperio, Luis Rafael Sánchez en la roca madre de Puerto Rico. Y atrás, más atrás, los cronistas de Indias, los navegantes, los bestiarios, la imaginación casada con la memoria. De todo esto desciende, todo esto ha hecho visible y presente, Gabriel García Márquez el memorioso de hoy y de siempre.

Gabo: amigos de los amigos

Amigos de los amigos. Digo en mi libro En esto creo: “Lo que no tenemos lo encontramos en el amigo”. Gabo y yo compartimos muchas amistades y algunas enemistades. En la política, son inevitables las diferencias de opinión y la prueba de la amistad es que lo que podría separarnos nos une aún más: el respeto. Dejo de lado a nuestra conflictiva latinoamericanidad, pensando a veces que la América Latina sólo se concibe a sí misma, política y económicamente, como un problema que obliga al mundo a fijarse en nosotros y, una y otra vez, rescatarnos de nuestra propia incompetencia.

A Gabo le fascina el fenómeno del poder y el otoño del patriarca no sólo da fe, sino que encarna en todas las direcciones la picaresca y la tragedia del poder. Desde mi punto de vista, en nuestra relación con hombres de poder, destacaría tres. Con Francois Mitterrand, un demonio de inteligencia, cultura literaria y maquiavelismo político. En sus memorias, La paja y el grano, Mitterrand recuerda que fue otro queridísimo amigo común, Pablo Neruda, quien le dijo: “Lea inmediatamente Cien años de soledad. Es la más bella novela producida por la América Latina desde la pasada guerra”. Mitterrand conoce a García Márquez y escribe: “Es un hombre idéntico a su obra. Cuadrado, sólido, risueño y silencioso”. Con William Styron, Arthur Miller y García Márquez, asistí a la rumbosa inauguración del Presidente Mitterrand en mayo de 1981. Durante el almuerzo de Estado en el Elíseo, el nuevo presidente nos pidió que lo acompañáramos a su despacho a fin de atestiguar su primer acto de gobierno: firmar sendos decretos otorgándoles la nacionalidad francesa a Milan Kundera y a Julio Cortázar, ambos exiliados por las dictaduras, comunista la de Praga, fascista la de Buenos Aires. La cultura literaria de un presidente francés nunca sorprende. Neruda me

contó que sus reuniones con el presidente Pompidou, siendo Pablo embajador de Chile en Francia, tenían como pretexto discutir la política económica del Club de París, pero en realidad eran largas pláticas sobre la poesía de Baudelaire. Lo que sorprende es que un presidente de los Estados Unidos lea libros.

Cosa que descubrimos Gabo y yo una noche en Martha's Vineyard, escuchando a Bill Clinton recitar de memoria pasajes enteros de Faulkner, demostrar que él sí había leído el Quijote y por qué Marco Aurelio era su autor de cabecera. Pregunta innecesaria: ¿Qué habrá leído Bush? Y para cerrar el capítulo político, otro lector-estadista: Felipe González, un hombre que habla como un libro porque piensa como un libro porque ha leído todos los libros y sin embargo -oh Mallarmé- no está triste. Digo que amigos y enemigos literarios Gabo y yo hemos tenido -no siempre compartido- muchos.

Pero mirando nuestra vida de capítulos intercambiables, creo que hay un amigo escritor o mejor dicho un escritor amigo de ambos al que Gabo y yo colocamos por encima de todos. Es Julio Cortázar y creo que ni Gabo ni yo seríamos lo que somos o lo que aun quisiéramos ser sin la radiante amistad del Gran Cronopio. En Cortázar se daban cita el genio literario y la modestia personal, la cultura universal y el coraje local (“Las Malvinas son argentinas -solía decir-. Los desaparecidos también”). Lo había leído todo, visto todo, sólo para compartirlo todo. Una de las noches inolvidables de nuestra amistad ocurrió en el tren París-Praga en diciembre de 1968. Íbamos invitados por Kundera a mantener la ficción -es decir, la esperanza- de una cultura checa independiente en un país rodeado de tanques soviéticos. Cortázar fue hilvanando temas como un cuentista árabe de la plaza de Marrakech. Recordó todas las novelas que sucedían en trenes,

enseguida las películas en trenes y por último, a partir del swing de Glenn Miller, el ritmo de locomotora del jazz y, en particular, una memoria asombrosa de la relación entre el jazz y el piano... Cuando llegamos de madrugada a Praga, nos esperaba en la estación Kundera, nos llevó a Gabo y a mí a un sauna y cuando pedimos una ducha para quitarnos el calor, Milan nos condujo al río Ultava y nos empujó, encuerados como lombri- ces, al agua congelada. Recuerdo el comentario de Gabo cuando salimos morados del río: "Por un instante, Carlos, creí que íbamos a morir juntos en la tierra de Kafka".

Vida y muerte. Cuando murió Cortázar, llamé a García Márquez, conmovido por la desaparición de nuestro incomparable amigo. Gabo me contestó, memorablemente: -No creas todo lo que lees en los periódicos. Es cierto: no hay mortalidad en la literatura. Oír a Gabo hablar de libros y autores es oírle hablar de lo más vivo, lo más próximo, lo más entrañable. Gabriel posee una memoria poética fabulosa, hecho que -entre otros- le envidio como se lo envidio a Carlos Monsiváis (capaz de pasar una tarde con Neruda haciendo conversación sin otras palabras que citas de la poesía de Neruda); a Chema Pérez Gay (que además cita a Holderlin, Goethe y Rilke en alemán); o a Antonia Fraser, que memoriza un poema cada noche. Gabo se sabe de memoria la poesía de Garcilaso ("Escrito está en mi alma vuestro gesto/ y cuanto escribir de vos deseo/ vos sola lo escribisteis, yo lo leo/ tan solo, que aun de voz me guardo en esto").

A veces, García Márquez deja entrever la literatura que se guarda. Es Kafka y La Metamorfosis la lectura que lo precipitó angustiado y anhelante en la escritura. Es Faulkner y la convicción de que el presente empezó hace diez mil años. Es Rulfo y el clamor de los silencios. Y es, sorpresivamente, Dumas y El Conde de Montecristo como fábula de fábulas que encierra el enigma del enigma: ¿cómo escapar de la prisión del Castillo de If? Que el lector se ponga a pensar y verá cómo las combinaciones posibles son infinitas, tan infinitas como la lectura. Gabriel García Márquez y Alejandro Dumas y Franz Kafka: cómo entrar al Castillo, cómo salir del Castillo. La llave se llama la literatura. Pero ella también está escondida. Está en la isla del tesoro. No la de Stevenson, sino la de Defoe, autor preferido de García Márquez no

tanto por el Robinson sino por El diario del año de la cólera. El título lo dice todo. El Robinson de Gabo es el del muy admirado Coetzee: una noticia falsa que alguien le cuenta a Defoe. Mi Robinson es el de Buñuel: el solitario gritando desde la cumbre de la montaña para escuchar el eco de su voz y sentirse acompañado.

Sitios de la memoria. La Barcelona de la Gauche Divine, Carlos Barral y los Goytisolo, "Rosa Regás, Qué buena estás" y nuestros tres monstruólogos, Cecilia, Rodrigo y Gonzalo, rondando los cines de Sarriá a los diez años en busca de películas de Frankenstein y Drácula, como si intuyeran algo que los demás explicábamos con demasiada lógica: La España de Franco. La ciudad de México, donde Gabo y yo nos hacemos cruces tratando de entender rebeliones, asesinatos, brujas, entierros, tapados, destapados hasta que García Márquez, salutarmente, va al Museo de Antropología, se para diez minutos frente a la mole de la Diosa Madre Coatlicue con su falda de serpientes y se retira diciendo: "Ya entendí".

¿Qué entendimos? En los cafés de París, en los bares de Venecia, entre tapas de Madrid y caminatas en Oviedo, que la realidad es siempre más novelesca que la ficción. De allí que la ficción deba superar, no a la realidad, sino a la ficción de la realidad. Dura, dolorosa realidad de la patria colombiana, tan orgullosa de Gabo, donde en las calles de su adorada Cartagena le saludan: "Adiós, Don Nobel". Una patria secuestrada, acribillada, prostituida, extenuada, engañada. Con razón Gabo encuentra en México una segunda patria que para él es todo lo que no es para muchos mexicanos: un remanso, un acierto, una seguridad. Tal es su voluntad mexicana y yo, mexicano, su amigo, no tengo más remedio que respetarla. Porque al fin y al cabo, junto con nuestras esposas y nuestros hijos, nuestros amigos y nuestra Mamá Grande, Papisa y Regazo de Todo Mal, Carmen Balcells, nuestra memoria es nuestro respeto y nuestro respeto eso que los latinos llamaban verecundia, el honor debido a quienes queremos. O como diría Bob Hope, "gracias por la memoria".

Así es: Vivir para contar. Y saber que hoy Colombia, gobernada por nuestro común amigo Juan Manuel Santos, se encamina a la paz y México, en año electoral (2012), va rumbo a una renovación colectiva que supera a partidos y a candidatos. Vivir para contar.



ADIÓS, GABO

EL HIJO DEL TELEGRAFISTA

REFORMA / STAFF

Apenas el 6 de marzo pasado, Gabriel García Márquez salió a las puertas de su casa para dejarse fotografiar el día de su cumpleaños número 87.

Lucía sonriente con una rosa amarilla en la solapa, que adoptó como un sino de buena suerte desde 1982, cuando recibió el Nobel de Literatura.

Gabo, Gabito, como era llamado por amigos y lectores, había sobrevivido en 1992 a un tumor maligno de pulmón y a un cáncer linfático en 1999;

ayer al mediodía, el más grande escritor en lengua hispana perdió la batalla.

Deja historias entrañables, pero de ellas "Cien Años de Soledad" es considerada la mayor. Su obra, comparada con la de Miguel de Cervantes Saavedra, cambió la manera de escribir y de leer la literatura en todo el mundo.

"No soy nadie más ni seré nadie más que uno de los 16 hijos del telegrafista de Aracataca", dijo alguna vez en una entrevista. Era el hijo del telegrafista y el genio literario que tiene en luto a su natal Colombia y al mundo entero.

Como Úrsula Iguarán, la madre de la dinastía de los Buendía, personaje estelar de "Cien Años de Soledad", Gabo murió un Jueves Santo y después del diluvio. Y como el coronel Buendía, Gabo habrá de decir: "Uno no se muere cuando debe sino cuando puede".

Sus restos fueron cremados anoche. El lunes a las 16:00 horas, Bellas Artes abrirá sus puertas y recibirá a sus deudos: los miles de lectores que siempre lo admiraron.

Jorge Volpi
/// Pese a su bonhomía, fue nuestro mayor revolucionario. Y por ello, paradójicamente, hemos perdido -sí- a nuestro mayor clásico".

Juan Villoro
/// García Márquez decidió que la realidad es una rama de la mitología, llena de cosas tan difíciles de probar y tan inolvidables".

+com

Comparte frases y anécdotas de lo que representa para ti el Nobel colombiano.
reforma.com/queridogabo

1927

Nace el 6 de marzo en Aracataca, en el Caribe colombiano. Vive sus primeros 7 años con sus abuelos maternos: Nicolás Ricardo Márquez y Tranquilina Iguarán.



1934

Inicia sus estudios formales en el Colegio Montessori. Por cuestiones administrativas, la escuela cierra a mitad de curso y tiene que repetir primero de primaria. Aprende a leer solo en 1935.



1935

Se muda con sus padres Gabriel Elgío y Luisa Santiaga a una casa distante un par de calles de la de sus abuelos.



@reformacultura

cultura@reforma.com

CULTURA

VIERNES 18 / ABR. / 2014 Tel. 5628 7237

Cien años de soledad se ha traducido a 35 idiomas y se han vendido 30 millones de libros.

Tomada de Gabriel Márquez: El viaje de la memoria

1927-2014

Macondo abraza a Gabo

"Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo. Macondo era entonces una aldea de veinte casas de barro y cañabrava construidas a la orilla de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos. El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo".

Cien años de soledad (fragmento, 1967)

JORGE RICARDO

Fue una llovizna fría, una amenaza de algo mayor, lo que cayó sobre la casa de Gabriel García Márquez ayer, mientras se anunciaba que había muerto.

Pero cuando la carroza gris con sus restos recorrió la calle Páez y llegó a la funeraria, a unas cuadras de ahí, las nubes se habían dispersado y a 50 metros un fresco de pocas ramas fue derribado por un camión.

"Estamos en shock", dijo una pareja de novios de 20 y 23 años con tres rosas amarillas, que lloraban abrazados y esperaban el cuerpo del escritor. Para entonces la tarde ya era un caos.

García Márquez, nacido

el domingo 6 de marzo de 1927, a las nueve de la mañana, en medio de un aguacero torrencial fuera de estación, murió en Jueves Santo, igual que Úrsula Iguarán, la matriarca de Macondo, fallecida tras el diluvio de los cuatro años, once meses y dos días.

"Al principio que se creyó que era una peste", escribió García Márquez en *Cien años de soledad*.

Pero la muerte de ayer ha sido real. Muy a pesar de la señora Dolores Rócha, su vecina de enfrente, que desde hace meses rogaba por el escritor.

"Le pedía a Dios todas las noches por él antes de dormir. Teníamos el mismo doctor", dijo, gritando en el interfón.



Cartagena de Indias, Colombia, 29 de octubre de 2004.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ 1927 - 2014			
1937 Muere su abuelo Nicolás, la figura capital de su infancia. "Ocho años tenía cuando murió, desde entonces nada importante me ha ocurrido. Todo me ha resultado bastante plano".	1938 Se va con su padre a Barranquilla para abrir una farmacia. Luego, al final del año, se le une el resto de la familia.	1939 Se mudan a vivir a Sucre.	1941 Pierde el año académico por malos comportamientos en el colegio de Barranquilla, a donde lo habían enviado.
1944 Escribe para una clase un texto llamado "Un Caso de Síscia obsesiva", el cual trata sobre una muchacha que se transforma en una mariposa.	1947 Se inscribe como estudiante de Derecho en la Universidad Nacional de Colombia. Por tal motivo se va a vivir a una pensión.	1948 El "Bogotazo" provoca el cierre de la universidad. García Márquez pide traslado a la de Cartagena, pero no termina los estudios. Inicia su carrera periodística en <i>El Universal</i> .	

CRÓNICA: LA MUERTE DEL PATRIARCA

El alma a los pies

JORGE RICARDO

Gabriel García Márquez, el mayor de 11 hermanos, siete varones y cuatro mujeres, primogénito de Luisa Santiaga y Gabriel Elgueta, nieto de Tranquilina Iguarán Cotes y del coronel Nicolás Ricardo Márquez Mejía, falleció ayer en medio de una tarde que era una caos.

Tuvieron que llegar 50 policías y granaderos para contener a periodistas que desde temprano esperaban frente a la casa del escritor.

La mañana había comenzado llena de calor. El primer visitante, cerca de las 11:00 horas, fue un amigo entrañable, Jorge Sánchez, con un ramo de rosas amarillas. "Está bien, como siempre, bien", había dicho, aunque sabía de la gravedad en la que había entrado el Nobel desde principios de semana.

Poco antes de las tres de la tarde en susurro se transmitió el doloroso anuncio. Fueron informados amigos cercanos y funcionarios colombianos y mexicanos, antes de que públicamente se conociera la fatality.

"Muere Gabriel García Márquez. Mercedes y sus hijos, Rodrigo y Gonzalo, me autorizan dar la información", dio de alta en twitter la noticia la conductora Fernanda Familiar.

El periodista venezolano Albinson Linares estaba en el remate de libros en el Auditorio Nacional cuando desde los altavoces se pidió un minuto de aplausos. La película cristiana *Pedro y Pablo* que la cometratista colombiana María Cristina Marín veía en su casa de Polanco fue interrumpida para dar la noticia. La señora Minerva Díaz estaba cocinando en Ecatepec cuando su marido le informó. Los tres acudieron al lugar.

"Se me fue el alma a los pies", dijo Linares.

Cuando ya había comenzado a llover entró a la casa el director de la Fundación "Gabriel García Márquez" para el Nuevo Periodismo Iberoamericano, el barranquillero Jaime Abello, compañero de batallas, afilado aunque sereno.

Luego llegó una lectora de 28 años con un ramo de margaritas blancas. "Mi mamá me dijo: 'no te vana a dejar entrar', pero yo no quería entrar sino venir a mostrar mis respetos y llorar", dijo apenas dejó el ramo junto a la puerta.

La calle Fuego se volvió un caos; hasta las puertas de la casa del escritor llegó la Policía para contener a todas las personas que se arremolinaban



La Policía tuvo que abrir paso a la carroza fúnebre entre periodistas y lectores que esperaban afuera de la casa del escritor.



Jorge Sánchez, director de IMCINE, llegó desde temprano.



La directora del INBA y Jaime Abello leyeron un comunicado.

Después hubo gritos, empujones de los periodistas, una carroza gris que entró hasta la casa y salió golpeada apenas por las flores de bugambilia que una joven colombiana arrancaba de las paredes.

Pasado un minuto de las cinco de la tarde, el cortejo salió, se fue rápida, custodiado por tres patrullas y una decena de motocicletas. "Era una persona tan sencilla, que pena que haya muerto en Jueves Santo", decía la señora Malema Flores, mirando desde la reja de su casa.

Se cayó un camarógrafo de su motocicleta, las cámaras

netas de granaderos abrieron paso sobre Avenida San Jerónimo, un camión rojo tiró un freno, y los granaderos sellaron todas las entradas a la finca.

"Qué impresión. Nunca en mi país podría ocurrir algo así con ningún escritor. He tuiteado que murió y 50 holandeses lo han retuiteado", dijo el periodista holandés Jan-Albert Hootsen, fuera de la finca.

Hasta el último momento la familia de García Márquez, mantuvo el silencio.

Fue hasta las diez de la noche que la directora del INBA, María Cristina García Cepeda,

y Jaime Abello, salieron de la casa de García Márquez para anunciar que los restos del Nobel serían cremados, que en el Palacio de Bellas Artes habría un homenaje el lunes a las cuatro de la tarde y que lo mejor es que todos se fueran a descansar.

"La idea ahora es reposar, descansar y recuperar un poco de tranquilidad. Ya Gabo tenía 87 años, falleció y lo vamos a homenajar el próximo lunes", dijo Abello.

Entonces concluyó la incineración, según contaron allegados a la familia.

En la primera parte de su

autobiografía *Vivir para contarla*, Gabo, cuenta cuando su abuelo, Nicolás lo llevó, a los tres o cuatro años, de la mano a través de un yermo ardiente, caminando de prisa y sin decirle para qué, a una extensión de aguas verdes espumadas y gallinas ahogadas.

"En el mar", me dijo. "Desencantado, le pregunté que había en la otra orilla, y él me contestó sin dudar: 'Del otro lado no hay orilla'. García Márquez, dijo ayer un paso hacia esa otra orilla.

CON INFORMACIÓN DE JULIETA RIVEROL Y OSCAR CID DE LEÓN

Imprescindibles

En estas historias creadas por García Márquez destacan la magia, el amor, el crimen, la injusticia y, por supuesto, Macondo.

La hojarasca (1955)

Se trata de su primera novela, ya está ambientada en el universo mágico de Macondo y por primera vez se menciona a la figura del Coronel Aureliano Buendía. Para muchos es un primer acercamiento de García Márquez a lo que 12 años después será su obra cumbre.

El coronel no tiene quien le escriba (1961)

Su amigo, el también escritor Álvaro Mutis consideraba este libro como la "obra más acabada y perfecta" de García Márquez. Sin embargo, para su autor era la más simple de sus novelas. La historia de un coronel retirado que espera una pensión que nunca llega. Se incluye en la lista de las 100 mejores novelas en español del siglo 20 del diario *El Mundo*. Fue llevada al cine en 1999 por Arturo Ripstein.

Cien años de soledad (1967)

Relata Carlos Fuentes en el prólogo de la edición conmemorativa de esta novela un viaje con Gabo a Acapulco en el que este último se transformó: "Lo miré y me asusté (...) sin saberlo, yo había asistido al nacimiento de *Cien años de soledad*". Sin duda es su obra más famosa en la que consolidó el mundo mágico de Macondo.

Crónica de una muerte anunciada (1981)

Esta novela corta, basada en un hecho real ocurrido en Colombia en 1951, reconstruye el asesinato de Santiago Nasar. Es un acercamiento entre el periodismo y la novela. Este libro está en la lista de las 100 mejores del siglo veinte.

El amor en los tiempos del cólera (1985)

Ambientada a finales del siglo 19 y principios del siglo 20 en la ciudad colombiana de Cartagena, esta novela relata el triángulo amoroso entre el doctor Juvenal Urbino, Femina Daza y Florentino Ariza. En 2007 fue llevada al cine por Mike Newell con un elenco que incluyó a Javier Bardem.

¡ADIÓS, GABO!

Información, imágenes y especiales sobre la despedida al Nobel de Literatura.

reforma.com/gabo

Historia mágica

Revive los instantes que marcaron la vida del autor, repasa sus novelas y vota por tu favorita.

reforma.com/magica

#QueridoGabo

Comparte tus fotos con el autor, la anécdota que viviste con él o tus frases preferidas.

reforma.com/tuGabo

Muy admirado

García Márquez era querido no sólo por sus colegas, también por artistas y políticos.

reforma.com/amigos

¿Lo conoces?

Si te dices experto en la obra del autor de *La hojarasca*, demuestra tus conocimientos.

reforma.com/testgabo

Conmoción

En inglés, francés o árabe, los medios internacionales destacaron la noticia de su muerte.

reforma.com/prensa



DESCUBRA EL PARAÍSO. CONSÍENTASE COMO NUNCA. PROMOCIÓN ESPECIAL PARA SUS VACACIONES DE ÚLTIMO MINUTO.

JW MARRIOTT
CANCUN
RESORT & SPA

DESDE: \$2,070 MXN
POR HABITACIÓN POR NOCHE
IMPUESTOS INCLUIDOS
jwmarriottcancun.com.mx

DESDE: \$1,590 MXN
POR HABITACIÓN POR NOCHE
IMPUESTOS INCLUIDOS
casamagnacancun.com.mx

MARRIOTT RESORT
CASAMAGNA CANCUN

Reservación válida hasta el 24/04/2014. Oferta disponible sólo para residentes de México. Se requiere presentación de identificación oficial vigente a la hora de su llegada en el hotel para hacer válida la reserva. Se requiere que el viajero presente una tarjeta de crédito o débito para garantizar la reserva. La oferta no es válida para grupos de 10 o más huéspedes. La oferta no es válida para reservas que requieran cancelación anticipada. Se requiere mostrar un anticipo. Se trata de una habitación por noche, en Plan Bucarón (sin alimentos) y bebidas a voluntad durante el tiempo de estancia. Reservas sujetas a disponibilidad.

Reservaciones: 01 800 900 8800
Código promocional: D51



Las flores que el escritor consideraba un amuleto se convirtieron en su símbolo

Las rosas amarillas

SILVIA ISABEL GÁMEZ

A su lado había siempre rosas amarillas. Para la suerte. El día en que recibió el Nobel de Literatura, Gabriel García Márquez subió al escenario vestido con el típico liqui-liqui caribeño, y al mirar hacia el palco donde estaban sus amigos colombianos vio un destello amarillo. Eran las rosas que su esposa Mercedes les había colocado en la solapa. Amarillas son las mariposas que aletean en la novela que persiguió la imaginación de García Márquez desde los 18 años, esa que después de varios borradores se convirtió en 1967 en su obra cumbre, *Cien años de soledad*. El movimiento del Boom que impulsó la literatura hispanoamericana, "estrepitoso y callejero, y manchado de lisonja y envidia", sólo empezó, escribió José Donoso, a partir de la saga de los Buendía.

En octubre de 1965, García Márquez definió a *Cien años de soledad* como una novela gótica del trópico, descomunal, arbitraria. "Claro que es un plan ambicioso. Semejante folletín no se puede escribir con humildad". Tres meses antes había experimentado una "revelación". Llevaba un lustro de secuir narrativa, y cuando ya temía que se le "enfriaran los mitos", de camino a Acapulco con su familia encontró la clave.

Debía escribir *Cien años de soledad* con la misma naturalidad con la que su abuela Tranquilina, una mujer supersticiosa que no siempre distinguía la realidad de la fantasía, narraba sus historias de muertos y aparecidos. "Siempre me divierte que se elogie tanto mi obra por ser imaginativa, cuando la verdad es que no hay una sola línea que no tenga una base real".

Margarita, una de sus hermanas, recuerda que eran amarillas también las mariposas del jardín de la casa de los abuelos maternos en Aracataca, donde García Márquez nació el 6 de marzo de 1927 como el primogénito de los doce hijos del matrimonio del telegrafista Gabriel Eligio García, aficionado a la poesía y al violín, y la "niña bonita" de Aracataca, Luisa Santiaga.

El escritor pasó los primeros años bajo el cuidado de sus abuelos. "Todos los días de mi vida", decía en 1982, "despierto con la impresión, falsa o real, de que he soñado que estoy en esa casa". Ahí nacieron sus miedos e incertidumbres, alimentados por los presagios y las

evocaciones de la abuela.

El coronel Nicolás Márquez, veterano de la Guerra de los Mil Días, fue la figura principal de su infancia. "Gabito vivía pegadito al abuelo, oyendo todas las historias", recuerda Margarita. El coronel era también el alcalde del pueblo, quien le enseñó a usar el diccionario y un día le descubrió el hielo en una caja de pargos congelados. "De esa imagen sencillísima partió todo *Cien años de soledad*".

La característica principal de García Márquez es la fabulación. A eso atribuyó su hermano Eligio las diferentes versiones que podían circular sobre un mismo acontecimiento, todas procedentes del escritor. Graham Greene llegó a decir que tenía cierta propensión a "alterar los hechos", recuerda Jon Lee Anderson en su perfil del Nobel colombiano.

Maria Pilar, esposa del escritor chileno José Donoso, lo consideraba el más complejo, vulnerable y "convulsionado" de los autores del Boom. "Su personalidad es una desconcertante combinación de timidez y arrogancia, de amabilidad y descortesía, de cordialidad y rechazo". Los millones de ejemplares que vendió de sus obras permitieron a García Márquez no dar conferencias ni cursos en universidades, al grado de tener depositado en un banco suizo durante 16 años el dinero del Nobel, porque se había olvidado de la "plata".

En Historia personal del Boom, María Pilar lo recuerda como un hombre supersticioso, que cree en la magia negra y le huye a las plumas de pavo real. Nunca entendió cómo pudo librarse de los glándulos que cada primavera padecía en las axilas. "Voy a joder a uno de los Buendía", le oyó decir, y desde que el coronel Aureliano comenzó a sufrirlos en sus páginas, él no volvió a sentirlos. Pero era un caso absolutamente perdido", sentencia su amigo Luis Villar Borda.

Ya estaba enganchado a la literatura. En su primera máquina de escribir, regalo de su padre, tecleó su primer cuento publicado. *La tercera resignación*. Apareció el 13 de septiembre de 1947 en el suplemento literario de *El espectador*. Al en-

Las supersticiones, que formaron parte de su vida, también se hicieron presentes en su obra dentro del mundo fantástico de Macondo



Las señas con el dedo medio se convirtieron, en sus últimos años, en una parte de su personalidad.

la confirmaron. Pero a Cuba, aclaraba su compadre, la ponía "fuera de la cesta".

"Siempre he pensado que García Márquez ha sabido administrar bien las dificultades de su vida. Mejor que el éxito, quizás", escribe Mendoza. Su primer recuerdo es un joven vestido como cantante de rumba que se escabulle a la hora de pagar el café. Es 1947, Gabo estudia Derecho en la Universidad Nacional de Bogotá, pero no presenta exámenes, se emborracha, amanece en los burdeles. "Lastima, tiene talento. Pero es un caso absolutamente perdido", sentencia su amigo Luis Villar Borda.

Gabo era para Tomás Eloy Martínez un brujo bueno a quien confiaba sus cuitas de amor. "Pero, ¿la quieres? No sé", le decía. "No amas". Y tenía razón, cabeceaba el argentino.

Era el Nobel sonriente, casi familiar, fatigado por la fama, que a ratos deseaba haber sido un autor póstumo para

leía obsesivamente a Faulkner, el más fiel de sus "demonios tutelares". Al llegar descubrió, en lugar del pueblo alegre y lleno de gente que recordaba, otro circunidado por el tiempo, desierto, "totalmente muerto". En una botica, su madre encontró a una vieja comadre. Se abrazaron y lloraron. "Soy consciente de que empecé a ser escritor en ese momento. Mi vida cambió por completo. Me surgió la idea de contar por escrito todo el pasado de aquel episodio", dijo en alguna ocasión.

De regreso en Barranquilla, comenzó a escribir *La hojarasca*, su primera novela, que tiene como escenario a Macondo. Debía terminarla a finales de 1951, calculó Eligio. Las fechas son "el dolor de cabeza número uno" para los investigadores de la obra garciamarquiana.

En París, sin dinero, escribió en 1956 la que consideraba su obra maestra: *El coronel no tiene quien le escriba*. Luego publicó los cuentos de *Los*

funerales de la Mamá Grande y otra novela, *La mala hora*, y después llegó con *Cien años de soledad* una espiral de fama de la que ya no escapó. "El otro día me preguntaron si me interesaría ganar el Premio Nobel, pero creo que para mí sería una completa catástrofe", declaró en 1981. "Complicaría aún más los problemas de la fama".

En los personajes poderosos de García Márquez, apuntó la periodista colombiana Patricia Lara, se repiten dos características: la pérdida del sentido de la realidad, y la incapacidad para amar. "La soledad que me amenazó después de *Cien años de soledad* era la soledad del escritor, era la soledad de la fama, que se parece mucho más a la soledad del poder". Agradecía a sus amigos haberlo salvado de perderse en el camino.

Porque la gran pregunta del poderoso: "¿a quién creeerle?", conducía siempre, según Gabo, a otra más dolorosa: "¿quién carajos soy yo?".

Aseguraba que la fama le cobró la paz de cada día

Niño, amigo y Nobel

Un hombre cercano a personas tan distintas como Castro y Slim

SILVIA ISABEL GÁMEZ

¿Quién era Gabriel García Márquez? El niño de Aracataca, sentido desde las seis de la tarde en su sillita, temeroso en una casa llena de miedos. El tímido que en su juventud no sabía dónde meter las manos, que vivía con la impresión de que sobraba en todas partes, que sólo con sus amigos estaba seguro. El hombre que atravesó periodos muy pobres y jodidos, sin comida pero siempre con whisky. Que cerraba temporales las cortinas de su casa porque no le gustaba tomar si no estaba oscuro. Era el bromista que sus-

rraba al oído que la escritora era Mercedes, pero los libros eran tan malos que le avergonzaba firmarlos. El hombre que atraía lo inesperado -"¡o lo fabuloso!", como esa madrugada en la Plaza Roja de Moscú cuando una chica le mostró una tortuga que movía la cabeza. "¿Es de plástico o está viva?", preguntó. "¿Ella contestó: 'Es de plástico, pero está viva'". Quien se sacaba a los periodistas solicitándoles cuestionarios por escrito luego no respondía.

Gabo era para Tomás Eloy Martínez un brujo bueno a quien confiaba sus cuitas de amor. "Pero, ¿la quieres? No sé", le decía. "No amas". Y tenía razón, cabeceaba el argentino.

Era el Nobel sonriente, casi familiar, fatigado por la fama, que a ratos deseaba haber sido un autor póstumo para

no sufrir la carga de sus libros, una gloria literaria que le cobró a cambio la paz de cada día. Alguien siempre necesitado de afecto que escribía para que sus amigos lo quisieran más. Quien contaba que al enterarse en 1982 de que recibía el Nobel exclamó: "¡Coño, se lo creyeron! ¡Se tragaron el cuento!".

Era el escritor que cobró sus primeros derechos de autor después de publicar su quinto libro, *Cien años de soledad*.

El esposo nada machista de Mercedes, el padre de Rodrigo y Gonzalo, que lamentaba no haber tenido una hija.

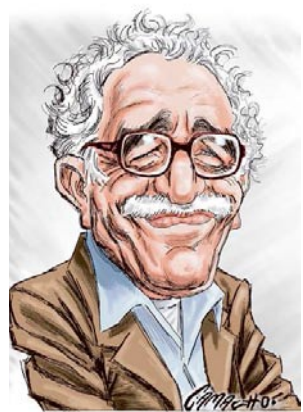
El hombre que sobrevivió en 1992 a un tumor maligno en el pulmón, y a un cáncer linfático en 1999, después de ser testigo de su propia muerte, anunciada al mundo el 9 de

junio en internet.

Quien se negaba a firmar servilletas o papeles en blanco desde que quisieron falsificar su firma en un pagaré. El amigo de Fidel Castro, Carlos Puentes, Bill Clinton, Carlos Slim, Álvaro Cepeda Samudio, Rafael Escalona, Enrique Santos Calderón y tantos otros.

El Nobel que recibió una bofetada de otro Nobel, Mario Vargas Llosa, en un episodio que ninguno quiso aclarar. Quien disfrutaba de la música, el cine, los grabados de Wilfredo Lam, las camisas de seda, el queso y el caviar. Y padecía una "sintomática debilidad" por la champaña Viuda Clicquot.

Y que siempre tenía en los floreros, recién cortadas, rosas amarillas. Porque traen suerte, decía.



GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ 1927 - 2014			
1961	1962	1963	1965
Se instala en Nueva York como corresponsal de Prensa Latina. Renuncia meses después y se traslada a México. Llega al DF el lunes 26 de junio. Publica <i>Un hombre ha muerto</i> de muerte natural, sobre el suicidio de Hemingway.	El 16 de abril nace Gonzalo, su segundo hijo. Trabaja para el productor de cine Gustavo Alatríste, prácticamente no escribe nada de literatura.	Se emplea en la agencia de publicidad Walter Thompson. Hasta antes de que inicie con <i>Cien años de soledad</i> , alternará estos trabajos con la escritura independiente de guiones para cine.	El 5 de julio lo visita por primera vez Carmen Balcells, quien se convertirá en su agente literaria. Firma un contrato por mil dólares para la traducción de cuatro de sus obras.

Fotografía de Gabriel García Márquez. © Víctor de la Cruz



El escritor más cercano a Fidel Castro

El hombre guardián de muchos secretos

El líder cubano llegó a expresar su admiración por García Márquez

SILVIA ISABEL GÁMEZ

Sólo una vez Fidel Castro ha manifestado sentir envidia. Y fue por su amigo Gabriel García Márquez. Lo escribió en un texto publicado en 2002 para celebrar la aparición de *Vivir para contarla*, el libro de memorias del Nobel colombiano. Al referirse a la obsesión compartida por hallar el término preciso al escribir, confesó: "Lo admiro sobre todo cuando, al no existir esa palabra exacta, tranquilamente la inventa. ¿Cómo envío esa licencia aya?".

Ambos se cruzaron sin saberlo el día del Bogotazo, el 9 de abril de 1948, cuando una multitud cuando salió a las calles para vengar el asesinato del liberal Jorge Eliecer Gaitán. Castro había viajado a Colombia para organizar un congreso latinoamericano de estudiantes; durante la revuelta, recordaba a un hombre que golpea-

ba una máquina de escribir. Al escucharlo narrar la anécdota casi medio siglo después, Gabo le dijo: "Fidel, yo era aquel hombre".

Fidel se parece a sus más constantes criaturas literarias, a los fantasmas en los que se proyecta, con los cuales se identifica su destino de modesto hijo de telegrafista llegado a las cumbres escarpadas de la gloria", escribe el también autor de *El amor de la granja*. Fidel es un mito de los confines de su infancia recordado, una nueva representación de Aureliano Buendía".

García Márquez contaba que en cada viaje a La Habana llevaba a Castro una maleta llena de libros. Recuerda haberle entregado *Drácula*, de Bram Stoker, una noche a las dos de la madrugada, y al día siguiente, haberlo visto llegar a la hora del desayuno con los ojos hinchados diciéndole: "¿Qué cabrón! No puede dormir!". En "El Fidel Castro que yo conozco", publicado en 2006 en Gramma, Gabo hace un retrato



Gabo tenía una casa en La Habana, regalo de Fidel Castro.

intimo de su amigo. Destaca su emoción por el riesgo, su instinto ganador, su naturaleza obsesiva, su memoria portentosa, su voracidad de lector. A quienes le escamotean la verdad -uno de los males que acarrea la soledad del poder, eje temático del Nobel-, les advierte que no se engañen: "el lo sabe".

Y lanza una crítica: "Las más graves, sin embargo, son las verdades que se le ocultan para encubrir deficiencias, pues al

lado de los enormes logros que sustentan la Revolución (...) hay una incompetencia burocrática colosal".

García Márquez era para muchos la persona más cercana a Fidel, alguien que nunca revelaría sus secretos, por eso se lo confiaba. Aun así, había límites. "Hablamos de todo", aseguró a Vanity Fair. "Pero apenas le diga cómo dirigir Cuba, él tratará de decirme cómo escribir una novela".



Colegas y Presidentes

A lo largo de su trayectoria, Gabriel García Márquez se codeó con colegas escritores y líderes políticos del mundo, en las imágenes con el escritor brasileño Rubem Fonseca, el ex Presidente estadounidense Bill Clinton y el ex Presidente de Colombia Álvaro Uribe.

Político sin cargo

SILVIA ISABEL GÁMEZ

La urgencia por aprobar la nueva Constitución colombiana en 1991, impidió que Gabriel García Márquez hiciera una revisión final del texto.

Durante todo el proceso le fueron enviados los borradores. Al margen propuso medidas como la prohibición de la reelección presidencial, el voto obligatorio y la libre difusión de la cultura.

En ese tiempo colaboraba con el Presidente César Gaviria para gestionar la paz con las guerrillas. Antes había participado como mediador entre el gobierno de Belisario Betancur y el grupo M-19, como lo haría después entre Andrés Pastrana y las FARC, y Álvaro Uribe y el Ejército de Liberación Nacional.

Sabía que el primer paso era sentarse a conversar. El Premio Nobel, decía, era un "título nobiliario" que volvía a los gobiernos cortiales, y empleó parte de esa fama en los procesos de paz. Pudo también escapar a tiempo de las amenazas. En

1981, durante la presidencia de Julio César Turbay, tuvo que salir de Colombia cuando le advirtieron que el Ejército buscaba detenerlo por supuestos vínculos con el M-19.

El escritor era más "conspirador" que político. No quiso ser cónsul en Barcelona ni miembro de la Asamblea Constituyente ni Presidente de la República. Todos esos puestos le ofrecieron en Colombia. "No quiero representar a ningún gobierno", decía.

En 1972 anunció que donaría el monto del Premio Rómulo Gallegos, otorgado a *Cien años de soledad*, al partido venezolano de izquierda Movimiento al Socialismo... pero el cheque nunca lo endosó, asegura el ginecólogo Fernando Jaramilla. "Nos mamó galló a todos".

Un año después se produjo el golpe militar contra Salvador Allende en Chile. En 1974, el escritor fue jurado del Tribunal Russell en Roma, que juzgó las dictaduras militares de América Latina. Al año siguiente, se declaró en "huelga literaria" hasta que Pinochet fuera derrocado.

@reforma_cultura

Juan Manuel Santos, Presidente de Colombia
@JuanManSantos
181 años de soledad y tristeza por la muerte del más grande colombiano de todos los tiempos!

Álvaro Uribe, ex Presidente de Colombia
@AlvaroUribeVel
Maestro García Márquez, gracias siempre, millones de habitantes del planeta se enamoraron de nuestra patria en la fascinación de sus reñiones

Guerrilla colombiana de las FARC
@FARC_EPaz
Pierde Colombia, pierde el mundo por el fallecimiento de Gabo. Sus obras salvaguardan su memoria. Acompañamos a su familia en este momento

Héctor Abad
@hectorabadf
Leer a García Márquez es encontrarse con el misterioso instinto del genio, con la fluidez hipnótica y la inimitable gracia de su prosa.

Manuel Pereira
@ManuelPereiraQ
El Gabo y yo fuimos amigos, aprendí mucho de él, después la política nos separó. Su obra dedicada por él seguirá en mis anaqueles

Yoani Sánchez
@yoanisanchez
#Cuba #GabohaMuerto
#Latinoamérica se ha vuelto un sitio más chato, aburrido, habitual... <-

Yuri Herrera
@yuri_herrera
No van a creernos en el futuro cuando digamos que llegamos a vivir en la misma época y hasta en la misma ciudad que Gabriel García Márquez.

Alejandro Jodorowsky
@alejodorowsky
Murio Gabriel García Márquez. ¡Duelé!

VIERNES 18 ABRIL 2014

QUERÉTARO
Artístico y Cultural

INSTITUTO QUERETANO DE LA CULTURA Y LAS ARTES

LA HABITACIÓN Y EL TIEMPO
De Beltrán Sánchez
Dirección Agustín Mesa
Compañía de teatro El Ghetto
Proyecto beneficiado con el Apoyate 2013
Funciones: sábados - 24:00
Entrada \$50
Informes: campaniadeteatroelghetto@gmail.com
Facebook: elghettotheatro
CINETEATRO ROSALDO SOLANO
14 de Septiembre 44 E. Poniente, Centro Histórico

GRÁFICA DE UNA GENERACIÓN MANIPULADA
Pintura de Emilio Rama
LO QUE TRAIGO EN MI CABEZA
Escultura de Fernando Malagón
ROTO
Pintura de Gonzalo García
Permanencia hasta el 27 de abril
MUSEO DE LA CIUDAD
Guernero 27 Norte, Centro Histórico

EL PRÍNCIPE FELIZ
Marionetas de Pilar Vega
Funciones: domingos - 12:00
Temporada: abril - mayo
Cupo: \$40
MUSEO REGIONAL
Corregidora 3 Sur, Centro Histórico

RIO ÁNIMAS
De Edgardo "Pili" Galindo
Dirección Boris Schoemann
Grupo Atabal Creación Artística A.C.
Función: lunes 21 - 19:00
Entrada \$100
\$40 Estudiantes, maestros e INAPAM
Informes y reservaciones: 212 1677
MUSEO DE LA CIUDAD
Guernero 27 Norte, Centro Histórico

SECRETARÍA DE EDUCACIÓN
Queretaro
GOBIERNO DE SOLUCIONES

"Esta obra (obra, programa o acción) es de carácter público, no es patrocinada ni promovida por partido político alguno y sus recursos provienen de los ingresos que aportan todos los contribuyentes. Está prohibido el uso de ésta (obra, programa o acción) con fines políticos, electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos".

www.culturaqueretaro.gob.mx www.asomarte.com

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ 1927 - 2014					
1966		1967	1970	1973	1975
Inicia la redacción de <i>Cien años de soledad</i>. Le llevará más de un año terminar la obra que lo dio fama.	Editorial Sudamericana termina de imprimir en Buenos Aires <i>Cien años de soledad</i>. El 4 de octubre llega con su familia a Barcelona, donde vivirán cuatro años.	Publica en forma de libro los textos que conforman <i>Relato de un náufrago</i>.	Publica la recopilación de cuentos <i>La increíble y triste historia de la Cándida Eréndira y de su abuela desalmada</i>. A finales de septiembre anuncia su regreso a México, donde había comprado casa en Cuernavaca.	Publica <i>La increíble y triste historia de la Cándida Eréndira y de su abuela desalmada</i>.	Publica <i>El otoño del patriarca</i>, novela que escribió durante ocho años y para la cual leyo durante 10 años la historia de América Latina y sus dictadores. Compra una casa en el sur del DF.
1981					
En septiembre declara a <i>El Día</i> que es "más peligroso como literato que como político", en una señal de que su ciclo de activismo, iniciado en 1973, queda atrás. Publica <i>Crónica de una muerte anunciada</i>.					

Testimonio íntimo en una tarde de abril

Jaime García, el calanchín

El hermano menor del escritor revela anécdotas de la familia y cómo se trastocó su vida desde que se supo de la hospitalización del Nobel

SERGIO RODRÍGUEZ BLANCO

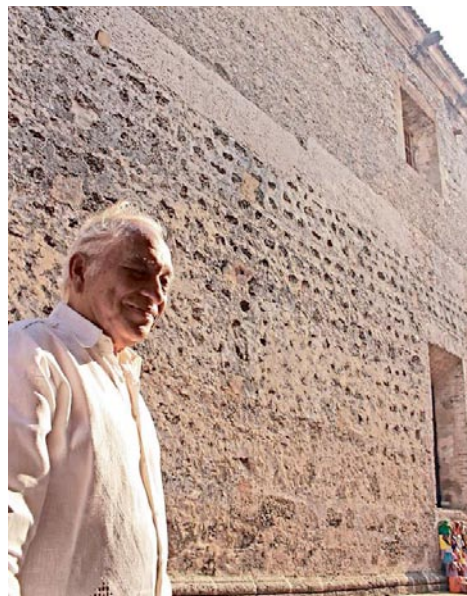
CARTAGENA DE INDIAS.- Desde que Gabriel García Márquez ingresó al hospital, muchas llamadas llegaron a Cartagena de Indias. Aquel 2 de abril soleado, Jaime García, su hermano menor, paseaba tranquilo por la ciudad. Recorría los escenarios de García Márquez. La prensa lo buscaba con insistencia para saber la última noticia sobre el estado de salud de su hermano, pero ni las calles tranquilas, ni él mismo, imaginaban que sería la primera página del último capítulo del escritor.

"A cada rato dicen que Gabito está muerto y eso es un gran dolor", me dijo, sentado en uno de los escenarios de la plaza Fernández de Madrid. "Y yo entonces llamo a México con un sobresalto, me lo pasa la secretaria y ya aprendí una manera de hablar con él. Gabito, soy Jaime, el setemesino, el ahijado tuyo".

De los 11 hermanos, a Jaime le tocó nacer en Sucre en 1940 y ser el que tiene la fama de haber desarrollado más la oralidad. "Dicen que de todos yo soy el que habla más que una puta presa", bromeaba. Su hermano Eligio dijo en alguna ocasión que Jaime era el calanchín de Gabo, un vocablo muy colombiano que hace referencia a la complicidad, en este caso fraternal. "Siempre que hablaba de nosotros, mi hermano Yiyó decía que primero viene la confianza y luego viene el calanchinaje".

Cuando en los años ochenta Gabriel García Márquez estaba escribiendo su primera novela después de recibir el Nobel, *El amor en los tiempos del cólera*, el escritor solía revelar a su hermano los escenarios que le daban vida a los personajes de este idilio ambientado en una ciudad ficticia que se parece un poco a Cartagena. Los recorridos entre hermanos no buscaban la aprobación de Jaime que, de hecho, rara vez coincidía con el Nobel. García Márquez tendía a creer en la fantasía absurda de la vida, mientras que Jaime, ingeniero de profesión, trataba de buscarle explicación a lo aparentemente mágico.

Mientras caminaba por la ciudad caribiega, Jaime, que es el director de relaciones institucionales de la Fundación para el Nuevo Periodismo Iberoamericano, contaba con orgullo que en su familia la divergencia de opiniones y la ausencia de secretos fue siempre la esencia



■ Jaime García Márquez el pasado 2 de abril en las calles de Cartagena.

de la vida. "En Colombia es conveniente no coincidir: aquí, si hay dos personas de acuerdo en algo es porque se van a robar una plata, o porque van a matar a alguien".

Azar y destino son las dos palabras que definirían a los hermanos García Márquez, según Jaime. "Hay un dicho en la familia que se llama 'el azar bendito'. Ese azar que siempre es una cosa fabulosa", contaba. "La palabra destino la inventaron, pero a veces se presenta con más frecuencia de lo que uno imagina en situaciones que son sorprendentes".

Y conjurando el destino, recordó una anécdota: su madre Luisa Santiago, cuando ya era una anciana, apareció un día recitando por doquier los poemas que había aprendido en el bachillerato 60 años antes. Ante la escena, su hermano Alfredo

"Cuqui" García Márquez dijo, casi de forma premonitrice: "Parece como si fueras un cassette que se estuviera desmenuzando hacia el pasado". Jaime le contó esta historia a Gabo, y él, como si ya estuviera conjurando el azar de su propio futuro, le dijo que tenía una frase parecida para definir el desgarro de la memoria que acompañaba a algunos miembros de su familia: "Es como una mancha de aceite que se extiende hacia atrás, hacia el pasado".

Durante unos años, la demencia senil de Gabo fue un secreto a voces. En 2012, Jaime confirmó que superar el cáncer linfático había acelerado en su hermano un proceso que era prácticamente destino de su familia: "lo tuvo mi madre, ahora lo tiene Gabito, y yo a veces siento que también voy perdiendo la memoria".

Sin embargo, dar la noticia fue un alivio para todos, y especialmente para el Nobel y su familia, consideraba Jaime. Cuando Gabo visitó Cartagena en abril de 2013, la gente, que ya sabía de la fragilidad de su memoria lo saludaba con respeto y complicidad.

"Aquella vez, en casa de Gloria Triana, Gabito, cuando me vio, se puso de pie. Yo avancé y él me dijo públicamente: 'yo sé que te quiero mucho, yo sé que me quieres mucho'. Quizá no me había reconocido, pero la memoria del instante funciona y sabía lo más importante. Eso era lo que necesitaba la vida".

Ser el hermano que más habla y a la vez ser el confidente de García Márquez, es un peso que a veces le produjo más de un mal sabor de boca. Pero si algo tenía claro Jaime aquella tarde de sol era haber tratado



■ García Márquez con los escritores Julio Cortázar (arriba) y Mario Vargas Llosa (abajo).

Resaltan colegas su literatura

Siempre inimitable y universal

Escritores nacionales e internacionales afirman que su obra está ahora más viva

OSCAR CID DE LEÓN, ERIKA P. BUCIO Y CARLOS RUBIO

La muerte no gana en este caso.

No se puede decir, incluso, que haya muerto Gabriel García Márquez, advirtió ayer su biógrafo Dasso Saldivar.

"Los días venideros seguirán confirmando esta verdad universal: que el hijo de Aracataca es uno de los fabuladores más grandes de todos los tiempos. De modo que en medio de nuestra congoja, le podemos mostrar a la muerte nuestra certeza de que el otro Cervantes de la lengua empieza hoy a estar más vivo para el mundo".

El otro Miguel de Cervantes. De ese tamaño.

El escritor mexicano Alberto Ruy-Sánchez recuerda que un día Huberto Batis dijo que *Cien años de soledad*, su obra cumbre, abriría no una época, sino que cerraba un ciclo que había comenzado con *El Quijote*, y eso era tal vez más importante.

"Una prueba de ello es que creó, en quienes quisieron ir más allá de él, enormes mimetismos, pero la diferencia ante sus imitadores es un abismo. Su literatura vuela alto y sigue siendo inimitable".

El inimitable entristeció ayer a escritores tras darse a conocer su fallecimiento.

Desde España, Enrique Vilas-Matas destacó su grandeza como escritor, pues despertó en el mundo la curiosidad por lo que se escribía en Latinoamérica, dando pie al fenómeno del Boom.

Junto al argentino Julio Cortázar, fue el más grande de este movimiento literario, a decir del autor chileno Luis Sepúlveda. Luego va más allá: "Gabo es el escritor más importante del Siglo 20 en la literatura escrita en español. Sus libros son ya unos clásicos, y él es ya un clásico con el más justo de los

Enrique Krauze Historiador

/// Su prodigiosa literatura acompañó a mi generación e iluminó nuestras vidas.

El triunfo le llegó a los 40 años de edad, tras padecer tiempos de aguda pobreza en los que trabajó como periodista: miles de textos que constituyen lo que llamaba su 'carpintería literaria'. Las diferencias políticas que algunos tuvimos con él no empañaron nunca la admiración por su obra".

derechos. Hay opiniones para todo, pero su literatura no es mero entretenimiento, es una literatura perdurable".

Mario Vargas Llosa, enemigo desde hace años el Nobel colombiano, fue un miembro de aquella generación, y ante la noticia habría también de reconocerlo. "Ha muerto un gran escritor. Sus obras le dieron gran difusión y prestigio a la literatura. Sus novelas sobrevivirán y seguirán dando lectores por doquier", dijo al diario peruano *El Comercio*.

Fue por mucho tiempo el representante de América Latina en el mundo, la fachada de la región, recordaría Alberto Chimal: "Solia ser el único latinoamericano en las librerías de muchos países".

Era leido hasta en Nepal, cuenta el colombiano Santiago Gamboa. La también mexicana Ángeles Mastretta se dijo en pena por el amigo, el de la sonrisa que andaba por el mundo sin tregua, el de la armonía que contagiaba: "Voy a extrañar siempre su risa, porque sus libros allí están, quedándose con nosotros para siempre, dentro de 500 años o mil".

'LE DEBO MUCHAS COSAS'

SANTIAGO GAMBOA

Creo que Gabriel García Márquez era el último escritor verdaderamente universal, y sin duda el más famoso del Siglo 20. Era conocido y leído hasta en Nepal. Influyó en todas las lenguas y tuvo seguidores que hoy son muy célebres, como Salman Rushdie o Tahar Ben Jelloun. Cuando Doris Lessing recibió el Nobel dijo que lo mejor era recibir una llamada de García Márquez.

Su obra le gustaba a los

catedráticos y a la gente sin formación, a los lectores de derecha y a los de izquierda, a católicos, judíos, musulmanes y adventistas; a jóvenes y a viejos; a todo el mundo, sin excepción. Tras la muerte de Nelson Mandela, creo con GGM desaparece el último ser humano universal.

Lo conocí en 1995, en Biarritz. La última vez que lo vi fue hace tres años, en la casa de Carlos Fuentes, en el DF. Le debo muchas cosas, aparte de sus libros. Me enseñó que en literatura lo más valioso es

seguir siendo un lector, y cuando lo veía siempre me preguntaba qué estaba escribiendo. Contarle a él, responder a las preguntas que hacía, me ayudó mucho en algunos libros. "¿Alguien mata a alguien?", así me preguntó una vez, cuando yo que no sabía yo por dónde empezaba a contarle. Cuando tuvo problemas fue muy solidario. Gracias a él fui diplomático en un gobierno como el de Uribe. Él lo llamó y habló con él, y luego me dijo: "Si tienes problemas con Uribe, me dices".



■ Santiago Gamboa, escritor colombiano.

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ 1927 - 2014				
2002	2004	2007	2012	2013
El 9 de junio muere su madre, Luisa Santiaga Márquez Iguarán, a los 97 años de edad.	Publica la que sería su última novela: <i>Memoria de mis putas tristes</i> .	En el IV Congreso Internacional de la Lengua Española se le rinde un homenaje por sus 80 años y las cuatro décadas de la publicación de Cien Años de Soledad.	El 6 de marzo, la fecha en que cumple 85 años, se publica en formato electrónico Cien Años de Soledad.	La Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano ha anunciado la creación del Premio Internacional de Periodismo Gabriel García Márquez.

El mentor del nuevo periodismo

‘El cuento bien contado’

Además de escritor, García Márquez se dedicó al ‘mejor oficio del mundo’

ERIKA P. BUICO
Y OSCAR CID DE LEÓN

Gabriel García Márquez era un periodista. Sus libros, decía, era en el fondo grandes reportajes novelados o fantásticos, pero el método de investigación y de manejo de los hechos eran de periodista.

El escritor colombiano es quien lo bautizó como el “mejor oficio del mundo”. Diría que fue su primera y única vocación. Y que le debía por lo menos la mitad del Nobel.

“Doy fe: a los diecinueve años —siendo el peor estudiante de derecho— empecé mi carrera como redactor de notas editoriales, y fui subiendo poco a poco y con mucho trabajo por las escaleras de las diferentes secciones, hasta el máximo nivel de reportero ruso”, contó en 1996.

Escribió cientos de artículos, entrevistas, columnas y crónicas desde 1948. Por el periodismo dejó Colombia para ir como corresponsal a Europa, recorrer América Latina y Nueva York antes de instalarse en México.

Tras un paréntesis de algunos años retomó la actividad periodística, fundó revistas y publicó libros de periodismo.

“Pocos periodistas han tenido la suerte de presenciar la caída del dictador Pérez Jiménez en Caracas y de entrevistar, cuatro décadas más tarde, a Hugo Chávez; o de ser testigo de los juicios públicos de los funcionarios de Batista en La Habana y de dialogar, muchos años más tarde con Fidel Castro”, recuerda el editor Héctor Roldán en la antología *Gabo, periodista* (2012).

Fue un reportero formado en las redacciones, antes de que existieran las escuelas de periodismo. Cuando no había grabadoras y el oficio se hacía bien “solo con la libreta de no-

Oficio periodista

La grabadora oye pero no escucha, repite —como un loro digital— pero no piensa, es fiel pero no tiene corazón, y a fin de cuentas su versión literal no será tan confiable como la de quien pone atención a las palabras vivas del interlocutor, las valora con su inteligencia y las califica con su moral”.

tas, una ética a toda prueba y un par de oídos”.

Es para el escritor peruano Fernando Iwasaki el “mentor intelectual” del nuevo periodismo latinoamericano y su larga tradición de crónica.

La mejor noticia, decía, no es siempre la que se da primero sino, muchas veces, la que se da mejor.

“Siempre recuerdo su insistencia en que el periodismo consiste en saber contar el cuento bien contado”, escribió el periodista Enrique Santos en el sitio de la Fundación para el Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI), que ayer le rindió homenaje.

Preocupado por la calidad del oficio, el Nobel colombiano creó la FNPI en 1994, re-bautizada desde 2013 con su nombre.

Ayer, a través de una carta de despedida hecha pública, Jaime Abbello, su director general, se comprometió a cumplir con su mandato.

“Gracias, Gabo. Gracias, maestro de maestros. Cumpliremos tu mandato, seguiremos adelante con tus talleres, tu Premio, trabajando de muchas formas para una nueva y creativa época para el mejor oficio del mundo”.

CON INFORMACIÓN DE CARLOS RUBIO



En la época en que era reportero de El Espectador y publicó su primera novela *La Hojarasca*.

Aquella mañana de 1982

STAFF

Eran las 5:59 de la mañana cuando el jueves 21 de marzo de 1982 sonó el teléfono en la casa del Pedregal de San Ángel, en el DF, que Gabriel García Márquez había comprado siete años antes.

Era el presidente de la Academia Sueca para anunciarle que era el ganador del Premio Nobel de Literatura de ese año.

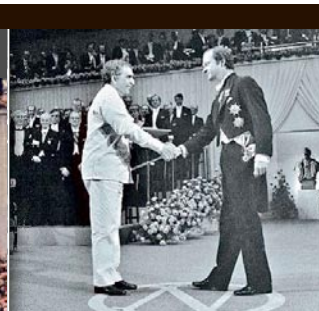
De la alegría familiar de los momentos siguientes a la llamada existe una Polaroid, tomada por Rodrigo su hijo, donde aparecen en bota Gabo y Mercedes Barcha. El con una sonrisa sin medida y ella besándolo.

El discurso de aceptación que leyó en aquel diciembre, “La Soledad de América Latina” fue una especie de reclamo a la Europa por su política frente a América Latina. El final lo dejó para la literatura y su propia manera de entenderla.

“En cada línea que escribo trato siempre, con mayor o menor fortuna, de invocar los espíritus esquivos de la poesía, y trato de dejar en cada palabra el testimonio de mi devoción por sus virtudes de adivinación, por su permanente victoria contra los sordos poderes de la muerte. El premio que acabo de recibir lo entiendo, con toda humildad, como la consolidada revelación de que mi intento no ha sido en vano. Es por eso que invito a todos ustedes a brindar por lo que un gran poeta de nuestras Américas, Luis Cardoza y Aragón, ha definido como la única prueba concreta de la existencia del hombre la poesía. Muchas gracias”.

El año del Nobel

Fue en 1982, rompiendo el protocolo, Gabriel García Márquez se presentó a recibir el premio de la Academia Sueca con el típico liqui liqui caribeño.

Opinión
JORGE VOLPI

El vencedor del tiempo

Corrían las primeras semanas de 1967 y Gabriel García Márquez, quien estaba a punto de cumplir 40 años, era considerado un escritor talentoso y un brillante periodista, pero en cualquier caso una figura menor si se le comparaba con sus compañeros de promoción, ese grupo mitad literario, mitad político —suerte de trasuntos de los Beatles en América Latina—, conocido como el Boom. Carlos Fuentes estaba a punto de ganar el Premio Biblioteca Breve con *Cambio de piel* y hacía ya cinco años de que Mario Vargas Llosa había hecho lo propio con *La ciudad y los perros*, en tanto que Julio

Cortázar había publicado *Rayuela* en 1963. Y entonces ocurrió el milagro.

La anécdota ha sido contada cientos de veces, como si formara parte de la novela misma: de camino a la escuela con su familia, el narrador colombiano al fin creyó hallar el tono y el estilo de su próxima obra, dio media vuelta, volvió a la ciudad de México, vendió su coche para sufragar los gastos cotidianos y, mientras su esposa Mercedes se las arreglaba para sobrevivir, se sumergió en la prolífica composición de *Cien años de soledad*. Un par de años después, García Márquez se había con-

vertido en el escritor más celebrado de América Latina y, en menos de una década, de todo el mundo. Y, apenas quince años después —un parpadeo en la historia literaria—, recibía el Premio Nobel de manos del rey de Suecia.

La historia de este libro, y de su autor, cargada con esa aura a la vez épica y mítica que asociamos con sus páginas, resulta hoy casi inverosímil. Es la historia de un éxito literario y personal que pronto habría de transformarse en un hito para América Latina. Muy pocos libros han tenido un efecto tan poderoso sobre la realidad como *Cien años de soledad*, por más que se le siga viendo como un libro fantástico —o parte central de esa etiqueta, tan artificial y engañosa como todas las etiquetas de “realismo mágico”. Porque su publicación no solo alteró drásticamente nuestra vida literaria, sino que modificó para siempre la percepción que el resto del mundo había de tener desde entonces sobre esta parte de la Tierra.

Desde 1959, América Latí-

na había dejado de ser un ámbito desconocido, más o menos salvaje y más o menos olvidado, para esa otra engañosa ficción que aún llamamos Occidente. De pronto, en plena Guerra Fría, parecía como si de pronto nuestros países hubiesen sido llamados a ser un nuevo “laboratorio” para el fin de los tiempos, en el que tanto nuestros líderes guerrilleros como nuestros intelectuales debían ocupar un lugar fundamental. Amparados, pues, con esa iluminación a la vez política y literaria —con esa antorcha dual de la Revolución—, los miembros del Boom se decidieron a emprender una auténtica guerra para abrirse paso en los centros de poder de todo el orbe.

Hartos de soportar tanto a sus detractores tradicionales —en especial a los nacionalistas irreverentes de cada uno de sus países— como la irrelevancia a que los condenaba el orden global del momento, Fuentes, Vargas Llosa y Cía. se batieron fuertemente con sus libros, sus artículos y sus declaraciones públicas para transmitir vio-

lentemente el espacio imaginario latinoamericano, en una guerrilla mucho más exitosa que la llevada a cabo por sus contemporáneos armados en las selvas y las cordilleras del continente. Pero no sería hasta que García Márquez —el menos preparado de entre ellos— publicase *Cien años de soledad* que su paradójica victoria quedaría asegurada.

Porque, a diferencia de La casa verde o La muerte de Artemio Cruz, novelas políticas donde la imaginación aún estaba al servicio de la historia, o de la propia Rayuela, un juguete puramente literario, en *Cien años de soledad* la historia —la gran historia de Colombia como metonimia de la historia de toda América Latina— quedaba sometida al gran poder del lenguaje y de una imaginación desbordada y sin límites, como si solo entonces América Latina hubiese sido capaz de liberarse por completo de la subyugación discursiva proveniente de Europa y Estados Unidos. Más que cualquier triunfo guerri-

lero, *Cien años de soledad* fue —y aún es— el mayor triunfo de América Latina.

Un libro, sí, que cambió el mundo. A la distancia puede reprochársele que, en pos de una imagen de América Latina radicalmente distinta a la que le había sido impuesta secularmente, *Cien años de soledad* haya construido otra, tan hegemónica como la anterior, en la que la supuesta “magia” que impregna al libro es usada como pretexto para explicar —o anular— todas las anomalías de la región, pero la culpa de esta lectura sociológica no es por supuesto de García Márquez. El, como ningún otro escritor de nuestra región, supo batirse con toda la tradición literaria que cargaba a cuestas, trinarla y, fragar el mejor espejo de la realidad de la segunda mitad del siglo xx, y no solo para América Latina, sino para el mundo entero. Pese a su bonhomía, él fue nuestro mayor revolucionario. Y por ello, paradójicamente, hoy hemos perdido —si a nuestro mayor clásico.

El vencedor del tiempo

Corrían las primeras semanas de 1967 y Gabriel García Márquez, quien estaba a punto de cumplir 40 años, era considerado un escritor talentoso y un brillante periodista, pero en cualquier caso una figura menor si se le comparaba con sus compañeros de promoción, ese grupo mitad literario, mitad político -suerte de trasuntos de los Beatles en América Latina-, conocido como el Boom. Carlos Fuentes estaba a punto de ganar el Premio Biblioteca Breve con *Cambio de piel* y hacía ya cinco años de que Mario Vargas Llosa había hecho lo propio con *La ciudad y los perros*, en tanto que Julio Cortázar había publicado *Rayuela* en 1963. Y entonces ocurrió el milagro.

La anécdota ha sido contada cientos de veces, como si formara parte de la novela misma: de camino a Acapulco con su familia, el narrador colombiano al fin creyó hallar el tono y el estilo de su próxima obra, dio media vuelta, volvió a la ciudad de México, vendió su coche para sufragar los gastos cotidianos y, mientras su esposa Mercedes se las arreglaba para sobrevivir, se sumergió en la prolongada composición de *Cien años de soledad*. Un par de años después, García Márquez se había convertido en el escritor más celebrado de América Latina y, en menos de una década, de todo el mundo. Y, apenas quince años después -un parpadeo en la historia literaria-, recibía el Premio Nobel de manos del rey de Suecia.

La historia de este libro, y de su autor, cargada con esa aura a la vez épica y mítica que asociamos con sus páginas, resulta hoy casi inverosímil. Es la historia de un éxito literario y personal que pronto habría de transformarse en un hito para América Latina. Muy pocos libros han tenido un efecto tan poderoso sobre la realidad como *Cien años de soledad*, por más que se le siga viendo como un libro fantástico -o parte central de esa etiqueta, tan artificial y engañosa como todas las etiquetas, de "realismo mágico". Porque su publicación no sólo alteró drásticamente nuestra vida literaria, sino que modificó para siempre la percepción que el resto del mundo habría de tener desde entonces sobre esta parte de la Tierra.

Desde 1959, América Latina había dejado de ser un ámbito desconocido, más o menos salvaje y más o menos olvidado, para esa otra engañosa ficción que aún llamamos Occidente. De pronto, en plena Guerra Fría, parecía como si de pronto nuestros países hubiesen sido llamados a ser un nuevo "laboratorio para el fin de los tiempos", en el que tanto nuestros líderes guerrille-

ros como nuestros intelectuales debían ocupar un lugar fundamental. Amparados, pues, con esa iluminación a la vez política y literaria -con esa antorcha dual de la Revolución-, los miembros del Boom se decidieron a emprender una auténtica guerra para abrirse paso en los centros de poder de todo el orbe.

Hartos de soportar tanto a sus detractores tradicionales -en especial a los nacionalistas irredentos de cada uno de sus países- como la irrelevancia a que los condenaba el orden global del momento, Fuentes, Vargas Llosa & Cía. se batieron ferozmente con sus libros, sus artículos y sus declaraciones públicas para transmutar violentamente el espacio imaginario latinoamericano, en una guerrilla mucho más exitosa que la llevada a cabo por sus contemporáneos armados en las selvas y las cordilleras del continente. Pero no sería hasta que García Márquez -el menos preparado de entre ellos- publicase *Cien años de soledad* que su paradójica victoria quedaría asegurada.

Porque, a diferencia de *La casa verde* o *La muerte de Artemio Cruz*, novelas políticas donde la imaginación aún estaba al servicio de la historia, o de la propia *Rayuela*, un juguete puramente literario, en *Cien años de soledad* la historia -la gran historia de Colombia como metonimia de la historia de toda América Latina- quedaba sometida al gran poder del lenguaje y de una imaginación desbordada y sin límites, como si sólo entonces América Latina hubiese sido capaz de liberarse por completo de la subyugación discursiva proveniente de Europa y Estados Unidos. Más que cualquier triunfo guerrillero, *Cien años de soledad* fue -y aún es- el mayor triunfo de América Latina.

Un libro, sí, que cambió el mundo. A la distancia puede reprochársele que, en pos de una imagen de América Latina radicalmente distinta a la que le había sido impuesta secularmente, *Cien años de soledad* haya construido otra, tan hegemónica como la anterior, en la que la supuesta "magia" que impregna al libro es usada como pretexto para explicar -o anular- todas las anomalías de la región, pero la culpa de esta lectura sociológica no es por supuesto de García Márquez. Él, como ningún otro escritor de nuestra región, supo batirse con toda la tradición literaria que cargaba a cuestas, triturarla, y fraguar el mejor espejo de la realidad de la segunda mitad del siglo xx, y no sólo para América Latina, sino para el mundo entero. Pese a su bonhomía, él fue nuestro mayor revolucionario. Y por ello, paradójicamente, hoy hemos perdido -sí- a nuestro mayor clásico.

El inventor del hielo

Gabriel García Márquez solía recordar que llegó a México el día de la muerte de Hemingway. Ciertos momentos se definen por lo que perdemos: el 17 de abril de 2014 falleció la única persona que hubiera escrito bien esa noticia.

Desde sus primeras crónicas, publicadas en *Cartagena de Indias* y *Barranquilla*, García Márquez decidió que la realidad es una rama de la mitología, llena de cosas tan difíciles de probar y tan inolvidables como éstas: no hay nada más dramático que una negra engreída, suicidarse es una forma de ser chino y el azúcar murmura cuando sube a las naranjas.

Después del asesinato del político liberal Jorge Eliécer Gaitán, la prensa colombiana pasó por una fuerte censura. Imposibilitado para cubrir acontecimientos, el joven García Márquez narró la vida íntima de un bandoneón, los problemas de tráfico causados por los muertos y el desconcierto producido por una vaca que se creyó urbana.

Como su maestro Daniel Defoe, renovó el periodismo para renovar la literatura. El autor de *Robinson Crusoe* tuvo que llegar a los sesenta años para describir el desconcierto que produce una huella en la arena de una isla desierta. Nacido en Piscis -signo aliado de la fortuna-, García Márquez encontró más pronto a su náufrago. José Salgar, encargado de la cocina de *El Espectador*, bajó la escalera en espiral del diario y pidió al joven periodista de Aracataca (al que apodaban como *Trapo Loco* por su fantasiosa mezcla de ropas) que escribiera el relato de un náufrago. Todo mundo conocía la noticia. García Márquez encendió un cigarrillo pensando en pretextos para negarse, pero el diálogo lo llevó a una revelación: podía escribir en primera persona, como *Crusoe* en su isla. Los lectores conocían la información, pero nadie, ni siquiera el náufrago, conocía la vida interior de la información.

García Márquez entendió el periodismo en clave cervantina. Los datos que el mundo pone frente al Quijote son arbitrarios, abigarrados, caóticos; se trata de “noticias”. Desde su perspectiva, la época ha enloquecido; desde la perspectiva de la época, él ha enloquecido. Gracias a este desfase, todo se comprende dos veces: con la mirada alucinada del Quijote y con

la sensatez del entorno. El resultado es la literatura moderna. A los 53 años, Alonso Quijano concluye su aventura de lector absoluto, transformando la realidad en libro. A los 19 años, García Márquez inicia su aventura narrando la realidad como fábula.

En un buen reportaje los detalles son inobjetables y la trama tiene la desmesura de lo que sólo es lógico porque así sucedió y puede ser probado. Con esa estrategia, García Márquez escribió dos obras maestras de la novela breve: *El coronel no tiene quien le escriba* y *Crónica de una muerte anunciada*. El narrador actúa como reportero de investigación de sus propias creaciones. Los datos son tan exactos que no dudamos del resto.

En sus clases en la Fundación de Nuevo Periodismo, Gabo recordaba que “la ética debe acompañar al periodismo como el zumbido al moscardón”. Para el novelista, la apariencia de realidad es el zumbido del moscardón. El episodio de *Cien años de soledad* en que Remedios la Bella sube al cielo no es un triunfo de la exageración sino de la exactitud. La chica, de por sí etérea, sale a un patio donde las sábanas se secan como velas de navío. La escena va por buen camino pero le falta “realidad”. Un reportero que ha cubierto homicidios sabe que si la víctima lleva calcetines de distintos colores es porque se vistió en la oscuridad. Con el mismo sentido de la precisión, García Márquez buscó un dato para apuntalar su fantasía. Acercó a Remedios a una taza de chocolate; un líquido espumoso, ascendente. Buen combustible. Cuando ella lo bebió, no hubo Dios que la parara.

El cronista de la fabulación ofrecía informes únicos: el gasto militar del planeta podría usarse para perfumar de sándalo las cataratas del Niágara... la conquista de la luna no dejó otro saldo que una bandera en una tierra sin vientos...

Hay cosas cuyo valor depende del deseo. En el primer capítulo de *Cien años de soledad*, García Márquez brindó una exclusiva del trópico: el hielo es el gran invento de nuestro tiempo.

Descubrir el agua tibia no tiene chiste; reinventar el hielo fue un golpe de genio, la noticia que sólo podía dar el mayor reportero de la imaginación latinoamericana.

El niño y el Nobel

Estudié la secundaria en un colegio privado, privado de vocación pedagógica, privado de valores y privado de las virtudes que definen una buena educación. Me reservo el nombre de esta institución escolar porque mi experiencia ocurrió hace casi 30 años y probablemente las cosas habrán mejorado con el paso de los siglos. No quiero desanimar a los niños que hoy estudian ahí, ni ofender a sus maestros. El hecho es que en los tres años que mediaron entre el fin de la primaria y el principio de la prepa fui un mal estudiante en una pésima escuela. De una tira de 13 materias, sólo tres profesores destacaban por el llamado vocacional a transmitir conocimientos. El profesor Román de Historia Universal, Bernabé de Matemáticas y Rocío la maestra de Literatura eran esas honrosas excepciones. Gracias a Rocío, tuve una inolvidable conversación con Gabriel García Márquez.

La plática con el Gabo no ocurrió en una universidad, ni en una librería, sino en el centro comercial de Perisur. Yo iba en primero de secundaria y él acababa de recibir el mayor reconocimiento universal para un autor vivo. A pesar de las obvias asimetrías entre los dos interlocutores, el ganador del Premio Nobel fue sumamente generoso con el niño que yo era entonces.

-¿Usted es Gabriel García Márquez? -Sí. -En la escuela me dejaron leer un libro suyo. -¿Cuál? -Crónica de una muerte anunciada. -¿En la escuela te obligan a leer mis libros? -Sí, y voy a tener un examen para comprobar que sí lo leí. -Diles a tus profesores que les prohíbo que obliguen a los niños a leer mis libros. La literatura debe ser un placer y el placer nada tiene que ver con la obligación.

Envalentonado por la validación del premio Nobel decidí no leer la novela que narra el anunciado asesinato de Santiago Nasar. Mi omisión se reflejó en la calificación del examen. En un primer momento la maestra Rocío no me creyó, pero después de contarle a detalle la conversa-

ción en Perisur ella decidió no usar el examen para mi promedio final. Sólo me advirtió: "Juan, el problema no es el examen, sino que vas a perder la oportunidad de leer un libro muy hermoso". Pasé el siguiente fin de semana ensimismado sobre la historia del crimen que buscaba redimir el honor virginal de Ángela Vicario. Gracias a esa novela descubrí el gusto por los libros.

Ese placer fue un salvavidas y refugio en la estación más triste de mi vida. Mi padre murió el verano que terminé la secundaria. No encuentro un mejor resumen de aquellos días y meses que un poema de W. H. Auden: Detengan los relojes. Corten el teléfono... Era mi norte, mi sur, mi este y mi oeste, mi semana de trabajo y mi domingo de descanso... Ya no quiero las estrellas. Que las apaguen, que empaquen la luna y dismantelen el sol. Que sequen el océano y barran los bosques porque ya nada de lo que venga, habrá de ser bueno.

En esas horas aciagas y eternas cayó en mis manos El amor en los tiempos del cólera. La novela de García Márquez me permitió sobrellevar el silencio de los relojes con las manecillas inmóviles y el vacío de las estrellas apagadas. Las pasiones reprimidas y consumadas de la historia me llevaron lejos de los mares secos y las lunas empacadas.

En el mundo de la ficción escrita, en ese universo del realismo mágico y el asombro concreto, la voz de los autores no se apaga nunca. Mientras alguien suelte un suspiro por la decantada pasión de Florentino Ariza y Fermina Daza, en la dimensión de las palabras la muerte no puede tocar a nadie. La obra del Gabo salvó a un niño del miedo infinito a los relojes con los minutos quietos. En un barco de vapor que navegaba por el río de una selva imaginaria, aquel niño se alejó del puerto de la tristeza. No fue una travesía corta, pero tampoco fue un viaje imposible. La capacidad de desafiar al dolor de la muerte es uno de los mayores poderes y bendiciones de la literatura. Gracias, Don Gabriel.

La enfermedad del poder

Plinio Apuleyo Mendoza le recordaba a García Márquez las circunstancias en que fue germinando la idea de *El otoño del patriarca*. En la madrugada del 23 de enero de 1958 el dictador Marcos Pérez Jiménez tomaba un avión de Caracas hacia el exilio. Estaba furioso. No solamente dejaba el poder, también olvidaba un maletín con once millones de dólares. Los colombianos cubrían desde la capital venezolana los acontecimientos para un semanario y pudieron visitar las guaridas del poder. En los palacios deshabitados, García Márquez conversó con un mayordomo que había servido al dictador fugitivo y al anterior. Recordaba la hamaca donde dormía su siesta diaria, su gallo de pelea. En esos días el novelista colombiano empezó a tejer la historia del déspota perpetuo. La visión de la que brotó la novela fue la imagen de un dictador ancianísimo y solitario encerrado en un palacio lleno de vacas.

En aquella conversación García Márquez definió su novela como “un poema sobre la soledad del poder”. El otoño, en efecto, se lee como una catarata de dibujos que se suceden sin respiro. Capítulos de un solo párrafo, oraciones de una página cargadas de imágenes. La acción es alegoría, la realidad metáfora, cada palabra un símbolo. El novelista se reinventa tras su éxito. Lejos de seguir la fórmula de Cien años de soledad, juega con la sintaxis, rompe la línea del tiempo, entreteje voces que jamás se identifican, muda de perspectiva sin aviso. El más experimental de mis libros, dice él mismo: su “aventura poética” más interesante. Pero quizá, al mismo tiempo, se trata de uno de los textos más personales porque aborda una de las obsesiones centrales del escritor: el poder.

Más que un poema sobre la soledad del poderoso, *El otoño del patriarca* parece una meditación sobre el poder como enfermedad. El mando se presume como la capacidad de conseguir lo deseado. Al poder se le asignan amplísimas virtudes constructivas. Una voluntad que se impone sobre las resistencias: atrapar la presa, colmar el apetito, encontrar obediencia, conducir la vida común. El patriarca de García Márquez no dibuja la historia a su antojo. La omnipotencia del tirano

resulta tan estéril como la debilidad. El imperio del cacique es arquitectura de escombros, glorificación de las ruinas. Si el poder del caudillo no tiene límites, tampoco encuentra cauce. El poder devasta, anula, asola. No hay en la novela de García Márquez ninguna señal de que el mando altere el mundo en beneficio del déspota o de cualquiera. Por lo contrario, la desgracia del poder empieza con el poderoso.

El poder del tirano no reconoce límites. Puede premiar o castigar a su antojo; puede encumbrar y humillar. Si lo quiere, puede alterar el cómputo del tiempo. Si al dictador le da la gana retrasar el reloj un par de horas para que la vida parezca más larga, puede hacerlo. ¿Quién se opondría? En sus manos está la medición del día, la proclamación del bien y del mal. Él dispone la risa, el aplauso, el aniquilamiento. ¿Qué horas son? Las que usted diga, general. El poder del que habla García Márquez se vacía en frivolidades terribles: la vida y la muerte de los hombres colgada del capricho. La tiranía de las ocurrencias es personalmente ruinosa y socialmente anodina.

Pero García Márquez no escribe como el sociólogo que denuncia los abusos políticos sino, más bien, como el psicólogo que intenta tocar las raíces de un trauma colectivo y personal. En el poder absoluto se revela la grandeza y la miseria del hombre. Más que censurar al tirano, lo compadece. Todo ambicioso de poder padece una carencia. Quien no sabe vivir, anhela poder, envenenado sustituto de vida. Ésa es la desgracia del político, incapaz de amistad y de amor, se hace víctima de su propia secta. Cobarde para la duda se prende de la mentira. No hay gobernante sano. El déspota, realización plena del síndrome de la manipulación, sólo conoce la vida por el revés: nunca encuentra la lealtad: sólo el miedo y el engaño. Jamás escucha la verdad, las apariencias son su cárcel, tal vez su piel. El poder no es la magia de una voluntad rectora, es un trastorno tan recóndito como nefasto. El político es el más peligroso de los lisiados.

Tu mejor libro es *El otoño del patriarca*, le dijo Omar Torrijos a García Márquez 48 horas antes de morir: “todos somos así como tú dices”.

JAQUE MATE

Horas de soledad

“Las estirpes condenadas a cien años de soledad no tienen una segunda oportunidad sobre la tierra”.

Gabriel García Márquez

ENSENADA, B.C.- A los 18 años de edad, y casi al concluir la preparatoria, era un sueño escapar a Zihuatanejo con una amiga-novia de 21. La bahía se veía hermosa. El desarrollo turístico, en el invierno de 1971, era todavía escaso. Las cabañas costaban, si no mal recuerdo, 50 pesos diarios de aquel entonces. No había, por supuesto, sanitarios y las duchas eran unas cubetas de las que había que tirar para dejar caer el agua dulce.

Una curiosa comunidad se alojaba en esas cabañas. La mayoría eran hippies estadounidenses o británicos. Algunas familias mexicanas en busca de una vacación barata llegaban también pero se mantenían aparte. En las noches los hippies se reunían, tocaban guitarras, cantaban, conversaban y fumaban sustancias que modificaban la percepción.

Yo llevaba un ejemplar de una novela publicada unos años atrás por Editorial Sudamericana. El autor, un colombiano radicado en México, era amigo de Emilio García Riera, el crítico cinematográfico de *Excélsior* en cuya casa me quedaba con frecuencia a invitación de sus hijos. Todos mis amigos me decían que la obra era extraordinaria, pero quizá me había resistido a leerla porque estaba de moda.

Una tarde, en la cabaña en que me quedaba con esa chica que me tenía enamorado, empecé a leer: “Muchos años después, frente al pelotón de fusilamiento, el coronel Aureliano Buendía había de recordar aquella tarde remota en que su padre lo llevó a conocer el hielo...”. Sin darme cuenta quedé atrapado por el ambiente mágico de Macondo, esa aldea inicialmente “de 20 casas de barro y cañabrava construida a orillas de un río de aguas diáfanas que se precipitaban por un lecho de piedras pulidas, blancas y enormes como huevos prehistóricos”.

Las horas empezaron a pasar. La tarde se convirtió en noche y la noche en madrugada. Sólo cerré el libro cuando el sueño me venció para empezar a leerlo de manera inmediata al despertar. A duras penas me tomé el tiempo para comer y fui indiferente

no sólo a la playa y al sol sino a la compañía de la comunidad y, me temo, a mi compañera.

No sé si fueron dos o tres días. Deben haber sido cuando menos cien horas de soledad. El hecho es que cuando terminé el libro y deslumbrado salí de la cabaña al sol inclemente de Zihuatanejo, esa chica de 21 años ya había empezado un amorio con un gringo bastante mayor que los dos.

Supongo que quedé herido. A los 18 uno se toma un abandono con seriedad... especialmente cuando el objeto del amor es una guapa chica tres años mayor. Pero los personajes de la novela -José Arcadio, Úrsula y sus descendientes que se repiten en nombres y se confunden a pesar de la tabla genealógica que proporciona el libro- me revoloteaban todavía en la cabeza como flores amarillas disfrazadas de mariposas.

Recuerdo el regreso a una gélida Ciudad de México y el rompimiento formal en una cafetería al lado del cine París en el Paseo de la Reforma. Cien años de soledad, sin embargo, me había dejado preparado para lo inevitable. Seguramente si el amor hubiera durado más habríamos tenido un hijo con cola de cerdo “porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tienen una segunda oportunidad sobre la tierra”.

A más de cuatro décadas de distancia recuerdo todavía aquella lectura apasionada con el gusto de una historia de amor. Los adolescentes ven la vida como una gran fiesta o como tragedia, pero todo ocurre por alguna razón. A aquella chica no la he vuelto a ver. Cien años de soledad, sin embargo, se quedó en mi vida convertida en parte de mi memoria literaria.

· VALLE DE GUADALUPE

Más de 130 productoras de vino se concentran ya en el valle de Guadalupe de Ensenada. Algunas de las nuevas vienen con restaurantes, hoteles y spas incluidos. Inversionistas de fuera están dispuestos a pagar verdaderas fortunas por tierras que hace unos años no costaban nada en el afán de cumplir su sueño de ser productores de vino. Es un proceso similar al que se vio en el pasado en Napa, California.

TOLVANERA

Paisano

Dicho por él mismo, Juan Rulfo le cambió la vida. “Conocí bien a los autores buenos y malos que hubieran podido enseñarme el camino y, sin embargo, me sentía girando en círculos concéntricos, no me consideraba agotado...En ésas estaba, cuando Álvaro Mutis subió a grandes zancadas los siete pisos de mi casa con un paquete de libros, separó del montón el más pequeño y corto, y me dijo muerto de risa: ‘Lea esa vaina, carajo, para que aprenda’; era Pedro Páramo.

“Aquella noche no pude dormir mientras no terminé la segunda lectura; nunca, desde la noche tremenda en que leí ‘La metamorfosis’ de Kafka, en una lúgubre pensión de estudiantes de Bogotá, casi 10 años atrás, había sufrido una conmoción semejante. Al día siguiente leí ‘El llano en llamas’ y el asombro permaneció intacto...el resto de aquel año no pude leer a ningún otro autor, porque todos me parecían menores”, dijo Gabriel García Márquez en 2003.

Ya lo había contado en su biografía Dasso Saldívar: “García Márquez se volvió loco con Rulfo, se lo aprendió de memoria y lo recitaba a todo el que quisiera escucharlo”. (El viaje a la semilla. Alfaguara. 1997).

La esencia mexicana de García Márquez no estaba solamente en la vecindad, en la residencia de medio siglo, o en la manera de insertarse como uno de tantos en los asuntos mexicanos de la política, de la cultura, del cine, de la comida, de la música y de la fiesta.

Lo era por Rulfo entre otras decisivas influencias.

“¿Qué es lo mexicano? Quien lo sepa que se calle porque al país no le conviene la divulgación de secretos estratégicos. Afirmado esto, confirmo la sospecha: Gabriel García Márquez era mexicano de cepa, por lo mismo que era colombiano y cubano y español de cepa, porque, entre otras razones, nada le molestaba tanto como verse declarado culpable de extranjería literaria, musical y sentimental”, escribió Carlos Monsiváis para la revista colombiana Semana.

Murió un notable mexicano, un gran colombiano, un genio universal.

Para Colombia, García Márquez representó la insignia mayor.

“Ningún político, ningún oportunista mediático, ningún delincuente, ningún héroe de un día lograron lo que Gabo hizo ese lejano 1982 en el que los medios del mundo nombraban a Colombia, ya no por sus problemas endémicos y su esquizofrenia colectiva, sino por su literatura. La magia de fundir las palabras con la condición humana. Eso en lo que él fue un genio. Un monstruo. Un hombre diferente”, quedó escrito en el editorial institucional del diario bogotano El Espectador, su diario.

Y una definición certera y contundente: “Si hay alguien que lograra en Colombia generar cohesión entre sus ciudadanos, mucho más allá de las pasiones momentáneas, fue él y nadie más. Y, de paso, como si eso no bastara y sobrara, dejó un legado literario para la humanidad entera”.

El mexicano García Márquez concitó admiraciones y simpatías. Sus querencias del poder no eran vistas de mala gana sino como una más de sus curiosidades. Resultó entrañable y popular.

Esencialmente mexicano, sin embargo, no generó tras de sí capillas o cortes que supusieran el alegato intelectual o la presión desde la fama. Su singular papel de extranjero en patria, lo hacía común y querido para todos. No tenía que ser de aquellos intelectuales que se declarara acosado, prohibido, perseguido o incomprendido.

En su legado está, desde luego, la siembra periodística, el golpe de la imaginación donde hay aridez, la revuelta en los lugares comunes de las redacciones, la asonada de la pasión sobre la rutina, la magia de una mirada diferente, el requisito del rigor.

“Fue, junto a Pablo Neruda, el escritor más famoso y querido del mundo, y a nivel planetario, tras la muerte de Nelson Mandela, el último de los personajes grandes, esos extraños seres cuyo duelo no es nacional ni internacional, sino plenamente universal”, escribió el novelista colombiano Santiago Gamboa.

No hay ya esas figuras. Por ello ahora con la despedida a García Márquez podemos aquilatar más a Juan Rulfo. Y lamentar que nuestra intelectualidad sea presa de los males del poder que critica.

Gabo y Gaba

En una columna publicada en el diario El País, el 8 de abril de 1981, a raíz de una inminente detención por parte del Ejército colombiano, que sospechaba que Gabo tenía supuestamente vínculos con el M-19, durante el gobierno de Julio César Turbay, Gabo deja bien claro el origen de las mentiras y artimañas de un “gobierno arrogante”, respaldado “por un periódico demente (El Tiempo) cuyo raro destino, desde hace muchos años, es jugárselas por presidentes que detesta”, razón por la cual Gabo decidió exiliarse en México. Entonces distintos funcionarios de gobierno quisieron explicar su intempestiva salida de Colombia: primero que se fue de su país “para darle mayor resonancia a mi próximo libro” y segundo: que si lo hizo fue: “en apoyo de una campaña internacional para desprestigiar el país”. Lo que más me gustó de su espléndida argumentación fue la forma en que se refiere, en varias ocasiones, a propósito de su esposa la Gaba, como también es conocida en Colombia: “Mi mérito mayor no es haber escrito mis libros, sino haber defendido mi tiempo para ayudar a Mercedes a criar bien a nuestros hijos”.

En 1955, una mañana, le anunció el cartero de Barranquilla a la señora Barcha que le llevaba una carta urgente a su hija Mercedes. El sobre venía de París, donde Gabo se encontraba viajando por toda Europa, como corresponsal de El Espectador. La hermosa joven de pómulos salientes y ojos brillantes y grandes como dos soles se quedó desconcertada al leer que si no tenía respuesta de su misiva, no regresaría a Colombia. Después de algunos días, Mercedes decidió contestarle, en el fondo le caía bien ese muchacho que había conocido a los 9, cuando él tenía 14 años. Le mostró la carta a su padre. “¿Es el muchacho que conociste hace muchos años en Magangué?”, preguntó el boticario Demetrio Barcha Velilla. “El mismo, papá”. “En seguida me di cuenta que es un muchacho demasiado soñador pero inteligente. Contéstale”, le sugirió su papá. A partir de ese momento, se inició una correspondencia de amor, entre el Gabo y la Gaba. Al cabo de 3 años se casaron en Barranquilla, en la iglesia del Perpetuo Socorro. “Hagamos un acuerdo -le propuso

la novia mientras terminaba un bocado del pastel cubierto de merengue- yo me ocupo del mundo real y tú mientras crea tus universos mágicos”. Al novio le gustó tanto su propuesta que le dijo: “En este momento te has convertido en una extensión de mi persona. Nuestro amor vivirá más de cien años y tendremos dos hijos tan inteligentes como su madre”. Muchos años después, el autor diría en Crónica de una muerte anunciada: “Muchos sabían que en la inconsciencia de la parranda le propuse a Mercedes Barcha que se casara conmigo, cuando apenas había terminado la escuela primaria, tal como ella misma me lo recordó cuando nos casamos 14 años después”.

En 1965, Gabo y Gaba llegaron a México. Gabo escribía y escribía; en tanto que Gaba iba y venía, de la mano con sus dos hijos pequeños, entre el panadero, el carnicero y el señor de las verduras de San Ángel, para suplicarles: “un poquito más de paciencia. Mi marido está a punto de terminar su novela. Seguro será un éxito. Y a los primeros que les vamos a pagar, son ustedes”. Los marchantes se veían entre sí, como diciendo: “Ay, pobre mujer. Su marido no trabaja, lo único que hace es escribir en máquina cosas que nada más ve él en su cabeza, pero que no existen”. Lo mismo le rogaba al señor de la papelería a quien le compraba, a crédito, paquetes de papel “bond”. “Ay, doña Mercedes, creo que me debe como diez mil hojas”, le comentaba el de la papelería. El más difícil de convencer era el casero. “Ya son varios meses, señora”.

Dicen que cuando salió a la luz pública Cien años de soledad, tanto al panadero, el carnicero, el de las verduras, como al de la papelería les gustó tanto el libro que ya no le quisieron cobrar su adeudo a la Gaba. El casero terminó por poner muy cerquita de la puerta de la entrada una placa que dice: “Aquí vivió un genio: Gabriel García Márquez”.

Gaba sí cree en el destino y que existen las almas gemelas. Por eso desde que se fue Gabo, su gemelo, está “llena de tristeza”, tras 56 años de casada. No obstante queremos pensar que en sus sueños, se verá bailando, muy contenta, rodeada de mariposas y rosas amarillas, el tema de Macondo, tal como bailaron en la fiesta de cumpleaños 85 de Gabo.

